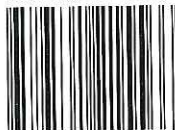




Las obras de esta colección han sido especialmente seleccionadas para los niños y jóvenes chilenos. Sus versiones están en el lenguaje de nuestros niños y jóvenes, y apuntan hacia su idiosincrasia e intereses.

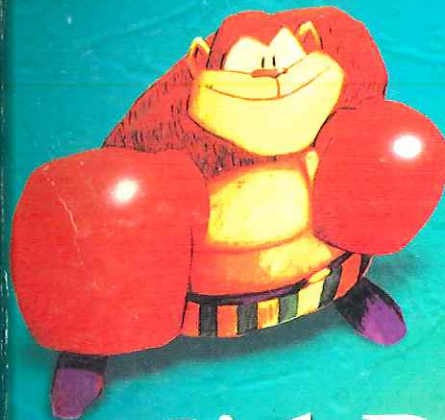
ISBN 956-12-1556-X



9 789561 215566

CÓDIGO 6831-4

Kid Pantera Hernán del Solar



# Kid Pantera

Hernán del Solar



HERNÁN DEL SOLAR  
PREMIO NACIONAL DE LITERATURA 1968

**KID  
PANTERA**



*Ilustraciones de*  
MARIANO RAMOS.

*Viento Joven*  
I.S.B.N.: 956-12-1557-8.  
2ª edición: agosto del 2003.

*Obras Escogidas*  
I.S.B.N.: 956-12-1556-X.  
3ª edición: agosto del 2003.

© 1994 por sucesión de Hernán del Solar Aspíllaga.  
Inscripción N° 91.113. Santiago de Chile.  
Derechos exclusivos de edición reservados por  
Empresa Editora Zig-Zag, S.A.  
Los Conquistadores 1700. Piso 17. Providencia.  
Teléfono 3357477. Fax 3357545.  
E-mail: zigzag@zigzag.cl  
Santiago de Chile.

Impreso por Imprenta Salesianos, S.A.  
General Gana 1486. Santiago de Chile.

Una jirafa, un plátano y una estufa	7
Una idea que no es mala	17
La asombrosa vivienda de un arqueólogo	23
La ña de Hércules	31
La ña sintética	45
La Herculina entra en acción	51
Regocijos y preocupaciones	61
El negro Sam Rayo	67
Sam Rayo cumple su palabra	73
Hacia el campeonato del mundo	79
Kid Pantera en el Zoo	85
El más sensacional campeonato de todos los tiempos	97

## Una jirafa, un plátano y una estufa



Sentado al fondo de su jaula, el mono Mimbo parecía pensar en cosas muy serias. Cabizbajo, no se movía. De vez en cuando, como para darse cuenta de que estaba vivo, agitaba levemente la cola. Después la dejaba quieta y seguía recordando. En realidad, sentía rencor y amargura. Le había ocurrido algo que no lograba explicarse. Una mañana oyó pasos en el corredor y vio venir a Cristóbal. Con su delantal blanco, su sonrisa de buen amigo, sus palabras alegres, daba la sensación de ser un hombre bondadoso. Mimbo lo quería y siempre estaba dispuesto a demostrárselo. De un salto se ponía junto a la puerta de la jaula y abría la boca con ánimo de sonreír-

le. Cristóbal le acariciaba la cabeza y le hablaba. Además, le traía algún sabroso plátano, alguna nuez, una galleta. Sabía manifestarle su amistad. La vida no era del todo mala, a pesar del cautiverio.

Pero esa mañana ocurrió algo que resultaba inexplicable. En vano Mimbo lo pensaba cien veces, descansaba un rato, y lo pensaba otras mil, sin interrupción. Cristóbal se acercó a la jaula, abrió la puerta y cogió a Mimbo como si deseara darle un abrazo. El mono cerró los ojos agradecido, y permaneció quieto sobre las rodillas de Cristóbal. ¡Qué buen hombre era! Le estaba rascando la espalda con una suavidad incomparable. Y le hablaba como de costumbre, alegre, dichoso. Después tomó un frasco, mojó una esponja en un líquido amarillo, y comenzó a sobarle el lomo. Mimbo sintió frío, abrió los ojos y quiso hablar. Pero su lenguaje no era el de Cristóbal. Inútilmente dijo el mono:

—Por favor, mi querido amigo, no me mojes más la espalda, que me está dando un frío de todos los diablos.

—¡Quietos! —murmuró Cristóbal, y continuó sobándole con la esponja empapada.

Cuando terminó, de nuevo le metió en la jaula y se fue silbando. Mimbo se dio, entonces, desesperadamente, cuenta muy exacta de su situación. Le habían afeitado el lomo. Estaba pelado. Y como si esto fuera poco, le habían dejado más húmedo que a una rata que sale de una alcantarilla.

Aulló tristemente. Brincó en su jaula para calentarse. Gritó pidiendo que no le dejaran así, porque tiritaba de frío. Pero Cristóbal no vino a verle. Era un hombre sin entrañas. La vida era terrible. Ser mono significaba la peor de las desgracias, en un mundo evidentemente despia-dado.

Desde entonces, Cristóbal acudió todas las mañanas y todas las tardes con la maldita esponja y le mojó el lomo con el líquido amarillo. A medida que el tiempo pasaba parecía más preocupado. Esto no era difícil advertirlo, pues le sobaba con fuerza, sin miramiento alguno. Y a veces decía palabras que, por su brusco sonido, herían como latigazos.

“¿Qué mal le he hecho —pensaba Mimbo— para que me castigue afeitándome el lomo y cada día me lo empape con la esponja maloliente? Porque la verdad es que el

condenado líquido tiene un olor insoportable. Me hace estornudar durante horas. Me está enfermado hasta de los nervios. Ya no soy el mono de antes, tranquilo, confiado. Ahora me paso tardes enteras meditando en mi triste suerte y soy la más infeliz de las criaturas nacidas y por nacer."

De pronto, Mimbo oyó los pasos de Cristóbal. Levantó la cabeza y mostró los colmillos, gruñendo. Sin duda, venía otra vez a martirizarle. Pero, ¿no se cansaba nunca ese hombre de ser su verdugo?

Cristóbal se acercó a la jaula y a través de los barrotes le tendió un plátano. Mimbo permaneció indeciso. ¿No le iba a mojar, pues, como siempre? ¿Volvían los buenos tiempos antiguos? ¿Comenzaba la dulce época de la amistad?

Con mano vacilante, cogió el plátano y empezó a saborearlo, sin perder de vista a Cristóbal, que ahora estaba encendiendo una estufa delante de la jaula. El calor fue, lentamente, haciéndole cambiar a Mimbo el curso de sus pensamientos. Cristóbal era bondadoso. Si le había afeitado la espalda, ¡bien sabría él por qué! Los hombres saben cosas que los



monos ignoran. Además, ahora no se veía por ninguna parte la esponja que da tanto frío. La vida no es mala. Claro que no lo es. Con un plátano y una estufa, ¿puede desearse algo más? La dicha había regresado para no marcharse nunca. ¡Bendita sea la jaula y venga otro plátano!

Ante la repentina alegría de Mimbo, que saltaba detrás de los barrotes con un entusiasmo de gimnasta perfecto, Cristóbal se echó a reír de buena gana.

—¡Ah, mi pobre Mimbo! —dijo con voz sonora—. Bien me daba cuenta yo de que habías empezado a odiarme. Pero te prometo que en ningún momento quise ser cruel contigo. Eres un mono excelente y en adelante volveremos a ser buenos amigos.

Como si comprendiera tan cariñosas palabras, Mimbo acercó la cabeza y cerró los ojos cuando Cristóbal le acarició con un dedo.

—Si quieres —dijo Mimbo en su idioma— puedes afeitarme otra vez. Te juro que todo lo sufriré sin chistar, porque lo que tú haces y yo no entiendo bien hecho está, ¿qué duda cabe?

Cristóbal no entendió el breve discurso,

le dio una mirada a la estufa y se marchó por el corredor. Mimbo, contento, empezó a ensayar una danza desconocida delante del fuego. Era el mono más feliz de cuantos existen por el vasto mundo.

Cristóbal, entretanto, había vuelto a su laboratorio. Sentado en un rincón, frente a una larga mesa repleta de frascos, redomas, retortas y tubos, fumaba un cigarrillo y meditaba. Ahora era él, por cierto, la imagen precisa de la preocupación y la tristeza. Se sentía abatido. Su mala suerte le apretaba el corazón.

Le ocurría algo verdaderamente desagradable. Hacía muchos años que trabajaba en su laboratorio, tratando de descubrir alguna droga, una loción, una píldora que le trajera, a manos llenas, la fortuna y la fama. Días y noches estaba inventando fórmulas maravillosas. Noches y días estaba fabricando líquidos y polvos que, al ser ensayados, demostraban no servir para nada. Todos los experimentos los hacía en el cuerpo de Mimbo. Cuando creyó descubrir la píldora que engorda, tomada a mediodía y a medianoche, Mimbo enflaqueció y a punto estuvo

de marcharse al otro mundo. Cuando se creyó convencido de poseer, por fin, el agua verde que sana la tos, Mimbo casi lanzó fuera los pulmones, tosiendo como un viejo que ya no debe ir pensando sino en legarle a otro su fortuna. Y así fue siempre. Nunca tuvo una suerte clara, digna de celebrarse con tambores y trompetas. Lo poco que pudo fabricar y vender, no le dio bastante dinero y le dejó tan desconocido como antes. Y lo que Cristóbal ambicionaba era el gran descubrimiento, el portentoso descubrimiento que fuera comentado en todos los periódicos y le permitiera comprarse un automóvil, una casa de campo, un pasaje de ida y vuelta, en el vapor más lujoso, alrededor de la redonda tierra en que vivía.

Cierta vez, en el teatro, mientras escuchaba una comedia que le aburría extraordinariamente, se dedicó a mirar a los vecinos. Vio que abundaban los calvos. Y pensó: "Si descubro el agua milagrosa que haga salir pelos hasta de las piedras, mi sueño de fama y fortuna queda realizado". Esta idea le agitó de manera tan violenta, que no pudo continuar sentado en su butaca. Salió del teatro con paso

tan sonoro que por todas partes le gritaron que era el peor de los camellos conocidos. Cristóbal no reparó en nada de todo esto, caminó como un sonámbulo, de prisa, y apenas se encontró en su laboratorio principió a mezclar líquidos, a apuntar fórmulas, a buscar afanosamente lo que se proponía descubrir.

Siete días se mantuvo casi sin comer, sin dormir, sin lavarse, entregado a sus estudios y sus ensayos. De repente, al anoecer del séptimo día, se dio una palmada en la frente y bailó como el príncipe encantado de un ballet. Tenía delante de sus ojos una botella colmada de un líquido amarillo. Era su salvación.

—De aquí en adelante —dijo en voz alta, en la soledad de su laboratorio— los calvos tendrán más pelos que el león africano. Habrá cabelleras interminables. Los habitantes de las tierras heladas no se cubrirán de pieles, sino que dejarán que el pelo les crezca hasta los talones. No habrá abrigo mejor. El líquido que acabo de descubrir es el milagroso santo que, donde ve una calva, hace brotar la más hermosa melena, por los siglos de los siglos.



Necesitaba demostrarlo. Y nada mejor, indudablemente, para conseguirlo con rapidez, que afeitar a Mimbo y empaparle diariamente el lomo con el líquido asombroso.

Pero el sueño se había desvanecido. Mimbo se quedó pelado y tendría que esperar mucho tiempo hasta que el pelo, por su propia voluntad, creciera como sabía hacerlo sin necesidad de mixturas endemoniadas.

## Una idea que no es mala



Cristóbal se levantó malhumorado, aplastó el cigarrillo en un cenicero, suspiró ruidosamente y vino a mirar el jardín por la ventana. Era un jardín pequeño, que los pájaros frecuentaban con alborozado bullicio. Más de una pareja tenía por ahí su nido y entre vuelos y cantos demostraba su alegría de vivir.

Cristóbal no tenía ánimos para divertirse mirando a los alegres gorriones. Estaba lleno de vagos deseos de incendiar el mundo. Sentía una rabia sorda. Pensaba que otros hombres, sin mayores esfuerzos, se hacen famosos, tienen dinero en excesiva abundancia y gozan plenamente de la vida. El, no. El tenía

que escribir fórmulas ridículas en grandes papeles, estudiarlas, rascándose la cabeza, y terminar confesándose que todo era inútil, que las píldoras mágicas y los líquidos maravillosos no se dejaban descubrir.

De repente, cuando comparaba su destino con el de otros hombres que triunfaban y eran admirados, recordó el nombre que más solía interesarle. Era el de su amigo Tomás, el célebre arqueólogo. Habían sido compañeros de colegio. Tenían la misma edad. Y mientras Cristóbal luchaba tratando de realizar sus ambiciones, Tomás había alcanzado fama universal, era respetado en todas partes, poseía medallas de oro de muchísimas Universidades, y publicaba obras que durante días eran comentadas en los periódicos con un interés muy visible.

Esa misma mañana, sin ir más lejos, Cristóbal había leído una entrevista que el diario más importante del país publicaba a página entera. Grandes retratos de Tomás lo mostraban en su gabinete de trabajo, o bien, acompañado de su perro favorito, en el amplio jardín de su casa. Tomás había regresado hacía poco de un largo viaje por diversos países.

Anunciaba que estaba escribiendo una obra sobre un descubrimiento que acababa de hacer, y decía con inmensa satisfacción que este descubrimiento sería celebrado en todos los continentes, hasta en los últimos rincones del África, con un entusiasmo indescriptible. No había revelado cuál era este descubrimiento y el periodista que había ido a entrevistarle agregaba, por su cuenta y riesgo, que a él no le cabía la menor duda de que debía ser algo digno de la imperecedera gloria de Tomás.

Cristóbal pensó que ya hacía bastante tiempo que no veía a su amigo. ¿Por qué no visitarle ahora? Esto le arrancaría de su mal humor, le refrescaría las ideas. Tomás era un hombre cordial, afectuoso, sabía conversar amenamente, y de seguro le acogería con agrado.

No lo pensó más. Llamó a la sirvienta, la gorda y apacible Teodorinda, que regaba las plantas, y le dijo que esa noche, seguramente, no comería en casa.

—He preparado unos tallarines exquisitos —murmuró Teodorinda—. Es una lástima que no los pruebe. Creo que nunca los he hecho mejores.

—Guárdame un poco, para el almuerzo de mañana —contestó Cristóbal—. Hoy no puedo quedarme. Tengo que visitar a un amigo de muchos años.

Y mientras se quitaba el delantal y se ponía la chaqueta, agregaba precipitadamente:

—A Mimbo le vas a dar de comer lo más abundantemente que puedas. El pobre ha sufrido bastante estos días y debe de tener un apetito devorador. Cuida, además, de que la estufa tenga parafina suficiente como para que esté encendida toda la noche. No quiero que siga con frío.

—Me alegra saber que se acuerda del infeliz animalito —murmuró Teodorinda—. A mí se me encogía el corazón, todo este tiempo, viéndole pelado y tiritando. Le he tejido una capa y hoy se la pondré. La lana es abrigadora y le permitirá dormir como un ángel.

Cristóbal salió con paso tranquilo. No sabía por qué, la idea de visitar a Tomás le parecía una de las mejores que había tenido en los últimos años. Se sentía contento. Presentía que algo bueno saldría de aquella visita resuelta de golpe.



Cuando caminaba por la calle vio a un respetable caballero que saludaba a una no menos respetable señora. Y la cabeza del infeliz era más calva que una bola de billar.

—¡Hum! —murmuró Cristóbal—. ¡Tienes mala suerte, viejo! Tendrás que quedarte calvo toda la vida.

Y lo dijo sin amargura. Se había olvidado de su fracaso. Sentía una extraña, inexplicable seguridad de encontrar pronto el camino tan anhelado de la fortuna y el renombre.

## La asombrosa vivienda de un arqueólogo



**T**omás vivía en uno de los barrios elegantes de la ciudad. Ante su casa había un jardín tan vasto que perfectamente, sin exageración alguna, podía ser llamado parque, y de los más hermosos.

Al fondo de una avenida de árboles corpulentos, se alzaba la casa, con escalinata de mármol. Grandes ventanas daban a este jardín espléndido.

Cristóbal se detuvo ante la verja y estuvo un rato indeciso. Hacía tiempo que no veía a Tomás. ¿Le acogería con la vieja cordialidad que siempre tuvo?

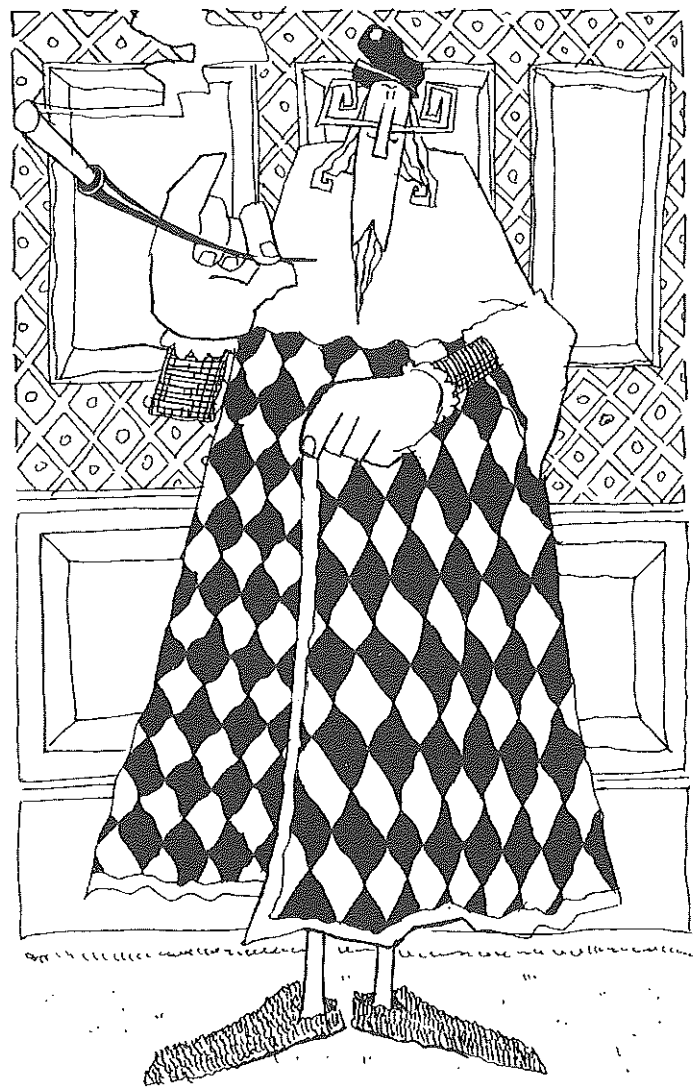
No quiso averiguarlo, porque era inútil tratar de convertirse en adivino, y con mano

resuelta tocó el timbre. Ladraron unos perros. A poco aparecieron unos galgos magníficos junto a la reja, saltando ágilmente. Tras ellos, y no en seguida, apareció un viejo cubierto con una librea azul, de grandes botones dorados, y con una gorra de almirante echada sobre una oreja.

Debió de parecerle digna la presencia de Cristóbal, porque sin hacerle la menor pregunta abrió la verja, se inclinó con respeto y les ordenó a los galgos que se estuviesen tranquilos.

Cristóbal cruzó el jardín. Había empezado a oscurecer. Una multitud de pájaros chillaba entre las ramas. Los perros caminaban junto al visitante, sin gruñirle, agitando la cola y olfateándole como para estar absolutamente seguros de que podían continuar demostrando que eran corteses y amistosos.

El viejo de la brillante librea le hizo pasar a una sala, y antes de dejarle solo volvió a inclinarse. Poco después se oyeron unos pasos apagados sobre una gruesa alfombra. Y asomó en el umbral la figura universalmente conocida de Tomás. Alto, delgado, con una barba en punta, canosa, tenía el aspecto de un



conde teatralmente vestido para desempeñar su papel de primo de reyes. Cubría su cabeza un gorro negro, de seda. Llevaba unas zapatillas de piel de camello. Entre sus dedos, en una boquilla interminable, humeaba un cigarrillo inglés.

—¿Cristóbal? —preguntó con voz de barítono.

—¡Él mismo, y con una tremenda alegría de verte! —contestó Cristóbal con voz de bajo profundo.

Tomás abrió los brazos y estrechó contra su pecho al visitante. Mucho más bajo que Tomás, el modesto químico Cristóbal puso su nariz encima de la corbata de su amigo y resopló con fuerza.

—Me das una satisfacción muy grande —dijo Tomás—. Precisamente, estaba cansado de trabajar y deseaba una visita como la tuya. Pero, mi querido viejo, ¿qué me cuentas de tu vida? A menudo pienso en ti, pero nunca sé dónde llamarte.

Mientras hablaban, Tomás le condujo por una larga galería adornada con cuadros antiguos y estatuas que representaban a dioses y diosas de la más diversa apostura. Atravesaron

amplias salas en que había mesas con gruesos libros abiertos en atriles, vitrinas colmadas de piedras de todo color, y objetos cuyos nombres Cristóbal no conocía.

Entraron en el gabinete de trabajo de Tomás. Era un cuarto espacioso, con grandes ventanas. Al fondo estaba la mesa en que el arqueólogo escribía. Sobre ella se amontonaban los papeles, los libros carcomidos por el tiempo, las cajas doradas en que había cigarrillos, o gomas para mascar en los ratos de ocio, o plumas de ganso que a Tomás le servían para escribir y para rascarse, detrás de las orejas, cuando alguna idea se le escapaba.

Sobre las paredes se veían panoplias, cuadros, pergaminos que declaraban a Tomás hijo honorario de ciudades desaparecidas bajo el polvo de los siglos. Aquello parecía un museo lleno de tesoros que no se pueden calcular con ayuda de la simple aritmética.

—Veo que tienes más y más cosas —dijo Cristóbal, poniéndose los anteojos para contemplar mejor las riquezas allí acumuladas.

—¡Uf! —respondió Tomás, encogiéndose de hombros—. Ya no sé dónde poner todo lo que poseo. Ahora construyo un pabellón,

al fondo del parque, y voy a destinarlo, nada más, a tres distintos tesoros: los esqueletos de los príncipes muertos antes del diluvio, los anillos y collares de las princesas egipcias que vivieron mientras se construían las pirámides, y los pabellones en que antiquísimos guerreros quemaban incienso a sus dioses antes de comenzar las grandes batallas.

—Esto vale, seguramente, un fortunón —dijo Cristóbal, sin saber cómo expresar su asombro.

—Si yo quisiera comprar la mitad de lo que poseo —respondió Tomás—, tendría que pedirles prestadas sus fortunas a todos los grandes millonarios de la tierra; pero es el caso que todo esto no me ha costado sino mi propio esfuerzo. He descubierto cinco ciudades sumergidas, he explorado los lugares más antiguos del mundo, he andado por todas partes, estudiando las cosas de remotísimas épocas, y donde he estado he sabido encontrar algo valioso para mí, que he guardado en mi museo particular. Tengo reliquias incomparables. Más de una vez me han ofrecido por ellas tantos billetes como para empapelar siete ciudades y sus alrededores. Me he

sonreído. Estas cosas no se venden. Son documentos impagables, únicos, que me sirven para escribir las obras que mantienen viva mi fama.

Ante tanta grandeza, Cristóbal no sabía qué decir y, cabizbajo, se miraba las puntas de sus zapatos sin lustre. Tomás pensó que era el momento de animarle y le preguntó por sus propios trabajos, asegurándole que se interesaba mucho por ellos.

—Ahí están mis trabajos —dijo Cristóbal, ahogando un suspiro—. Son más modestos que los tuyos, claro está, y tardan mucho más en dar un poco de gloria. Sin embargo, no desespero. Vivo en mi laboratorio y algún día saldrá de ellos algo que haga hablar hasta los mudos y las piedras.

—Tú ciencia es noble —murmuró Tomás, golpeándole afablemente en un hombro—. Tú trabajas con el presente, que suele ser esquivo; yo, con el pasado, que inútilmente trata de esconderme sus secretos.

En ese momento, un reloj —que perteneció tal vez a cierto emperador poderoso— dio unas cuantas campanadas.

—Te quedas a comer conmigo —dijo Tomás—. No te dejaré ir. Tenemos muchas cosas que contarnos.

Y de este modo, el químico Cristóbal se acercó más a su destino, que empezaba a mirarle con inesperada simpatía.



**S**i el resto de la casa de Tomás era como para desencajarle los ojos a cualquiera, el comedor se convertía, frente al asombro creciente de Cristóbal, en una de las maravillas más admirables del planeta. El arqueólogo se sentía ampliamente satisfecho de la expresión embobada de su amigo, y le explicaba de dónde había salido todo aquello, señalándolo orgullosamente con el índice.

—Estos candelabros de plata maciza —declaraba— pertenecieron a unos incas prehispanicos; esos cuadros de caza los pintó, en sus ratos de aburrimiento, Nabucodonosor; estos platos de oro adornaron la mesa abundante del rey David; estas hermosas sillas fue-



ron construidas por los primeros romanos; este mantel estuvo enterrado doce mil años en un monte que producía, en la cumbre, una hierba de color esmeralda, que una vez machacada con cierta sabiduría que se ha olvidado, curaba la tos de los capitanes más antiguos de que se pueda oír hablar.

—¿Y todo esto es completamente seguro? —averiguaba el químico, abrumado ante esa lección de historia que nunca olvidaría.

—Todo lo he estudiado yo durante largas noches de vigilia —contestaba Tomás, sonriendo con superioridad muy afectuosa—. Para demostrarlo, he escrito libros que todos los sabios consultan antes de dar su propia opinión, siempre copia de la mía. Pero, ¡no te desmayes, hombre! Lo que ahora vamos a comer son cosas de hoy: faisanes de nuestro tiempo, pescados de los mares que a esta misma hora están cruzando navíos en que podremos viajar cualquier día.

Cristóbal se sentó en una de las sillas romanas, temeroso de que se convirtieran en ceniza con sólo mirarlas de reojo. Y su embelleso fue mayúsculo cuando se abrió una puerta y entraron, conduciendo ceremoniosamen-

te una gran fuente de plata labrada, dos criados vestidos de extraña manera: cuernos de búfalo en la frente y, por la espalda y el pecho, unas pieles de león adornadas de piedras preciosas.

—Cuando estoy escribiendo una obra importante —dijo Tomás— me gusta que me sirvan a la mesa con los mismos trajes que usaban los descendientes directos de los hijos de los primeros habitantes de las cavernas. Así mantengo fija mi imaginación en las épocas desaparecidas y no me distraigo.

—Ya que hablamos de tus obras —murmuró Cristóbal—, ¿qué es lo que ahora escribes? He oído decir que has hecho un descubrimiento sensacional. Después de todo lo que veo, no sería capaz de adivinar qué cosa puede ser aquélla, pues según tus propias palabras se trata de algo muchísimo más importante que el mejor de los tesoros que ya tienes en tu casa.

—Me tocas el punto flaco —respondió Tomás, tras un breve silencio—. Me había jurado guardar el secreto hasta la publicación de mi libro; pero tratándose de ti, un amigo de la infancia, y un hombre de ciencia, no me

siento con fuerzas para callar. Lo único que te ruego, mi querido amigo, es que me jures por el toro sagrado de Bacare (tres mil años ante de Cristo) que no se lo vas a contar ni a tu almohada.

—Nada temas —dijo Cristóbal—. Lo juro por el toro y sus descendientes.

—Ahora que me has tranquilizado, puedo asegurarte que todo te lo diré. Pero no será antes de haber comido.

Charlaron, pues, de otras cosas, mientras comían con muy buen apetito. El arqueólogo contó algunas de sus más brillantes aventuras en tierras lejanas, hizo beber a Cristóbal un vino que parecía venir de las bodegas de Noé, y cuando se levantaron de la mesa y regresaron al gabinete de trabajo, los dos sabios estaban tan contentos que hubieran bailado y cantado como payasos.

—Dime ahora tu secreto —pidió Cristóbal, dejándose caer en un sillón bastante cómodo.

—Te lo diré como te lo he prometido. Pero, mi querido hermano, antes quiero que me confieses con toda confianza si están frescos o no tus conocimientos de la antigüedad.

—Tanto como frescos, mi admirado Tomás, no lo están desde hace años; pero de todas maneras algo recuerdo. Habla sin preocuparte de cosas tan sin importancia.

—¿Te has olvidado de Hércules, sí o no, Cristóbal? Necesito saberlo.

—Hércules es inolvidable, Tomás. Tenía unas fuerzas tremendas, ¿no es eso? Creo que si apretaba una piedra hacía volar una montaña.

—Más o menos, Cristóbal. El hecho a que te refieres no ha sido contado nunca, pero me parece muy verosímil. Lo voy a anotar, porque tal vez pueda apoyarlo en razones históricas dignas de fe.

—Cuando cuentes eso, no te olvides de citar mi nombre —dijo Cristóbal—. Al fin y al cabo, yo te he dado la idea.

Tomás, sin atender a su amigo, estuvo escribiendo un rato. Después se levantó y empezó a hablar pausadamente.

—La historia es una cosa —dijo— y la geografía es otra. Pero lo que hace la historia —nótalo bien— lo hace, sencillamente, en la geografía, quiéralo o no. De modo que, para entendernos inmediatamente, sin mayores

preámbulos, quiero decirte nada más que esto; la historia camina por la geografía y en ella imprime su huella. Esto quiere decir que si se busca por la tierra lo que ha realizado el hombre, de cualquier raza y condición, siempre se encuentra. A veces, el hombre cambia de lugar. Sus rastros parecen perdidos. Y no lo están, mi querido Cristóbal. Es cuestión de tener paciencia y descubrirlos. ¿Me vas entendiendo?

—Perfectamente —aseguró el químico.

—Y ya que me vas entendiendo, sabrás ahora que Hércules —o sea, la historia— anduvo por diversas partes —o sea, por la geografía—. ¿Comprendido? Bueno. Hay autores que suponen, con estrechez muy grande, que Hércules no existió nunca. A tales autores les falta estudio. Yo he descubierto no sólo la verdad de su existencia sino algo más, mi querido Cristóbal. Tengo en esta casa, mi propia casa, en este cuarto, mi propio cuarto, algo que perteneció a Hércules y que, como dos y dos son cuatro, ahora me pertenece a mí.

—¡Ay, ay, ay, Tomás! ¿Y qué es eso?

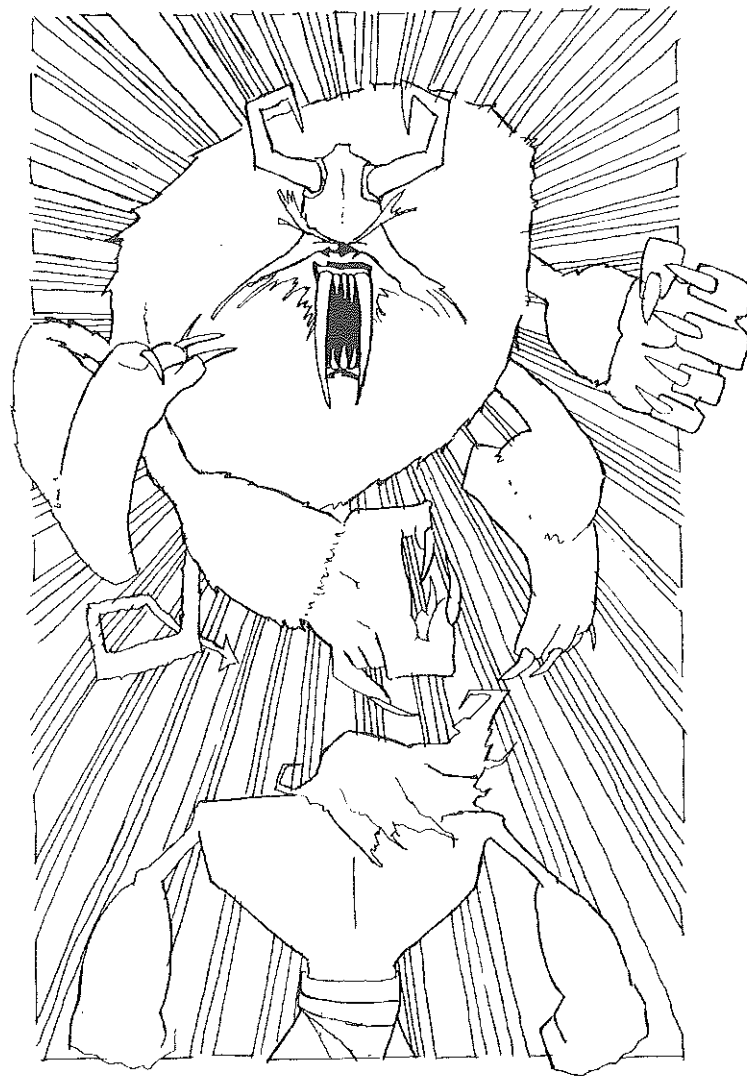
—No te lo diré todavía. Voy a contarte, primero, una historia. ¿Comprendes? Te digo:

una historia. Es decir, un hecho cierto, y no una novela que cualquier mequetrefe puede inventar.

Hubo una pausa que a Cristóbal le pareció interminable. Tomás se paseaba silenciosamente por la sala, las manos a la espalda, cabizbajo. Y de repente comenzó a hablar:

—Se asegura —dijo— que Hércules realizó doce trabajos, que son otras tantas hazañas inmortales. Pero la verdad es que, entre trabajo y trabajo, hizo otros más pequeños, que nadie investiga y que me parecen superiores a cuantos el hombre ha podido hacer. Figúrate que un día salió Hércules a pasear por un bosque. Iba sin armas, confiado en sus brazos de piedra, en sus puños de bronce. Un pícaro dios que le odiaba —por ahí tengo apuntado su nombre— le estuvo mirando desde un árbol más ancho que una torre medieval. El dios tenía un par de flechas y pensó matarle desde lejos. Pero en seguida se dio cuenta de que Hércules se arrancarías las flechas y no sentiría más escozor que el de una picadura de mosca. Entonces resolvió convertirse en una bestia desconocida. Las flechas le sirvieron de colmillos envenenados. Echa-

ba fuego por los ojos peludos y rugía como diez mil leones hambrientos. Hércules, al oír tanto ruido, se detuvo. Reconoció que su situación era difícil: estaba desarmado y la fiera aullaba de tal modo que parecía mucho más peligrosa. No obstante, resolvió descubrirla y matarla. Con paso de felino se fue acercando al árbol del que partían los rugidos. Cuando ya llegaba, salió la bestia, más estruendosa que nunca. Hércules, lleno de curiosidad, casi se perdió para siempre, porque es el caso que empezó a pensar qué bestia era aquélla, y tratando de dar con su nombre se distrajo. La terrible fiera advirtió la distracción y dio un salto agilísimo. Hércules saltó también y la bestia fue a chocar contra una enorme piedra, que quedó pulverizada. Pero uno de los colmillos de la bestia se quebró. Hércules vio que de él salía un líquido negro, veneno muy activo. Y resolvió terminar de una vez con su enemigo inesperado. La lucha cuerpo a cuerpo era tan absurda como un suicidio: el colmillo envenenado podría rozar la piel de Hércules y despacharlo a mejor vida. ¿Qué hacer, oh dioses del Olimpo? Hércules tuvo una idea rápida de héroe acostumbrado a salir siem-



pre vencedor. Se arrancó una uña y cogiéndola como un puñal embistió a la bestia, que vacilaba un tanto aturdida después del choque. Y sin dudarle un segundo, le hundió el arma improvisada en el lomo crespado. Aulló la bestia. Abrió los ojos, estiró las patas poderosas. Estaba muerta, atravesado el corazón por la uña de Hércules. Entonces el vencedor se sentó en el suelo, enterró la uña en el tronco de un árbol, y con una de las garras de la fiera escribió en la corteza del árbol magnífico toda esta historia. Yo descubrí la uña y copié el relato. Dentro de poco, la humanidad entera sabrá que soy el dueño de ese puñal incomparable y que por el libro en que cuento esta aventura merezco que se me nombre ciudadano ilustre de las Columnas de Hércules.

Cristóbal no podía contener su entusiasmo. Aplaudía como en el teatro y lanzaba gritos de júbilo. Tomás, sonriendo con estudiada modestia, le miraba sin pestañear.

—Tu admiración es un anuncio de la que demostrarán los otros sabios de la tierra —dijo Tomás—. Me agrada verte aplaudir y gritar como un loco.

Cristóbal, sin saber por qué, se puso se-

rio de repente. Al arqueólogo le llamó la atención esta seriedad tan brusca y le preguntó a qué se debía.

—Voy a hablarte como químico —murmuró Cristóbal titubeando—. ¿Podrás demostrar que esa uña es, realmente, de Hércules?

—Nadie duda de mi palabra —respondió Tomás.

—Yo tampoco dudo de ella, mi querido amigo; pero es imprescindible, en la ciencia, demostrarlo todo, para que no pueda haber nunca la menor sospecha. Y yo me figuro que la demostración puede hacerse químicamente. La uña de Hércules no puede estar compuesta lo mismo que otra uña cualquiera. Si analizamos su composición química, encontraremos elementos muy distintos al de las uñas de los demás mortales. ¿No te parece que conviene intentarlo?

Tomás permaneció pensativo. Cada vez bajó más la cabeza, hasta doblarla como si fuera a caerse del cuello.

—Tu idea es genial —dijo por fin—. La arqueología interroga a la química, y ésta responde con fórmulas que no se discuten. ¡Sobrio!

—Ahora démosle un vistazo a la uña  
—pidió Cristóbal, orgulloso de colaborar tan brillantemente con uno de los más famosos hombres de ciencia de la época.

—Acércate —dijo Tomás, yendo hacia una vitrina que había al fondo de la sala.

Sacó de ahí un cofre de buen tamaño y dentro estaba, entre finas sedas, la uña prodigiosa. La contemplaron mucho tiempo, sin hablarse. Era ancha, fuerte, filuda. Tenía el grosor de una nuez. Uñas así no se ven todos los días.

Cuando recuperaron el habla, Tomás preguntó con inquietud.

—¿Y cómo haremos para analizarla?

—La rasparemos —dijo Cristóbal—. Necesito una muestra muy pequeña.

—No me decido a semejante falta de respeto —declaró Tomás—. Si raspamos la uña, se adelgaza. Y yo quiero conservarla tal como es.

—Pudo haber sido mucho más ancha y gruesa —respondió Cristóbal—. Acaso el tiempo la ha carcomido un poco. ¿Qué importa rasparla apenas, para que nos dé un polvito casi imperceptible, que es todo lo que necesi-

to para mi análisis? De todos modos, siempre es y será la uña de Hércules.

—Me has convencido —dijo Tomás—. Yo voy a rasparla, con un cuchillo de oro que perteneció a Ramsés, y tú vas a decirme la cantidad exacta que necesitas.

Abrió Tomás unos cajones, sacó llaves por aquí y por allá, y dio por fin con otro cofre en que guardaba el cuchillo de oro. Entonces raspó la uña, y el polvo que obtuvo lo echó en una botellita que un día se vio llena de unos perfumes usados por Cleopatra.

—¿Cuántos días vas a tardar en tu análisis? —preguntó Tomás.

—No me apures, amigo. La ciencia nunca tiene prisa. Lo que importa es el resultado. Yo mismo te traeré la fórmula precisa de la composición de la uña de Hércules. La pondrás en tu libro y dirás que te la ha dado el químico Cristóbal. ¿Prometido?

—Compartiremos la gloria —dijo Tomás—. Tu nombre irá junto al mío y ambos quedarán en el recuerdo de los hombres.

**C**ristóbal volvió a su casa cuando amanecía. Los sabios conversaron toda la noche y sólo se dieron cuenta de la hora al oír cantar los gallos.

Mimbo sintió entrar a su amo y se agitó en su jaula; pero el químico no fue a verle. Estaba preocupado. Deseaba dormir. Quería estar descansado, fresco, vigoroso, antes de empezar su trabajo. Cuando Teodorinda le llevó el desayuno, Cristóbal dormía profundamente. Despertó pasado el mediodía, comió con rapidez y se metió en su laboratorio.

Diez días estuvo entregado a su faena. La abandonaba a ratos para comer un pan y beber un vaso de leche. También paseaba algu-

nos minutos por su jardín. Y regresaba a sus frascos y retortas.

Es sumamente difícil describir prolijamente el trabajo de Cristóbal. Para hacerlo tendríamos que llenar de números y letras aparentemente sin objeto una gran cantidad de páginas. El secreto de los químicos hay que dejárselo a ellos, que gozan revisándolo por todos lados. Nosotros no sabemos gran cosa y podemos entenderlo todo al revés. De modo que basta con decir que al décimo día se dio Cristóbal un golpe en la frente, como acostumbraba en sus horas de esperanza, y lanzó un grito ahogado, conmovedor, que sólo oyó su corazón, bailándole en el pecho.

—¡Tengo la fórmula! —exclamó—. No cabe la menor duda que la uña es de Hércules.

Iba a salir en seguida, deseoso de comunicarle a Tomás la noticia maravillosa; pero se detuvo, repentinamente dominado por una idea abrumadora.

“Al darle a Tomás esta fórmula —pensaba— revelo un secreto que me ha costado mucho trabajo, mucho sudor, mucho desvelo impagable. Y la gloria, en buenas cuentas, será





suya. Yo no apareceré sino como un pobre químico que analiza una uña. Y esto lo puede hacer cualquiera. Entretanto, ¿cuál será mi beneficio? He llegado a una edad en que debo pensar también en mí. Deseo la fama, la busco, y ahora que la tengo a mano la tiro por la ventana. ¡Oh, no, no! Esta fórmula es mía. Debo aprovecharla lo mejor que pueda. A Tomás le puedo dar cualquier otra fórmula, sin que nadie se queje. Al mundo le va a dar igual que la uña de Hércules tenga calcio o no lo tenga; en cambio, su composición exacta es, para mí, una fuente preciosa para el futuro. En este papel tengo una uña sintética. Acabo de descubrir la Herculina. ¡Ah, Dios mío! La Herculina será mi salvación.”

Y anotando otras cifras y símbolos en un papel, escribió una carta en que le decía a Tomás que allí le enviaba la fórmula prometida. Después llamó a la sirvienta y le pidió que fuese a casa del arqueólogo.

Un descubrimiento de tanta importancia exige, tras él, un reposo aliviador. Cristóbal se lo dio durante tres días, que pasó en su cama y en el ocio, durmiendo, paseando, yendo al cine, visitando los museos. Parecía ha-

ber olvidado su descubrimiento y la existencia de su laboratorio. Se sentía alegre como un muchachito que está de vacaciones.

Una tarde vino un mozo de Tomás, con una carta y un paquete. Decía la carta:

*Querido hermano, he llorado de alegría al conocer cómo está compuesta la uña de Hércules. No se parece a ninguna. Es la gran uña de la historia. Me colma de orgullo pensar que soy yo, gracias a ti, quien dará a conocer al mundo esta fórmula rica de vitales sustancias. Mi agradecimiento es tan grande, que te envió un hueso de la rodilla derecha de Agamenón. Guárdalo no sólo por su valor histórico, que fácilmente puedes calcular, sino en recuerdo de tu amigo que te abraza mil veces.*

Sonrió Cristóbal y guardó el paquete, sin desenvolverlo, en un viejo baúl. Había llegado la hora de trabajar.

“Mañana —se dijo— empiezo a preparar mi primer frasco de Herculina”.

Cuando un químico posee una fórmula que cree mágica, o poco menos, es como un general que va ganando una batalla; no cesa hasta triunfar. Por lo tanto, es muy explicable que Cristóbal permaneciera encerrado en su laboratorio tantas horas como tiene el día. Estaba pálido, le había crecido la barba y a veces sentía un cansancio que casi lo dormía delante de sus polvos y sus líquidos. Pero la ambición de vencer le daba fuerzas, y de cada asomo de desmayo salía más vigoroso que nunca.

Teodorinda, mientras aseaba la casa, cuidaba el jardín o revolvía la sopa en la cocina, pensaba que Cristóbal se estaba matando. Y

se afligía de veras, pues hacía muchos años que le servía con fidelidad y cariño.

También pensaba en él, a su manera, el mono Mimbo, en su jaula. Ahora le veía rara vez. Le echaba de menos y hubiera querido tenerle a su lado para que celebrara la capa de lana roja que le había tejido Teodorinda para protegerle del frío.

Cristóbal, por su parte, vivía olvidado del mundo. Encendía el horno, lo apagaba; mezclaba polvillos verdes con aguas azules; hacía gelatinas transparentes y olorosas; batía unas extrañas materias burbujeantes; reflexionaba, gemía, se alegraba, y así iba progresando en su difícil labor.

Tanto esfuerzo tuvo su recompensa. Pudo fabricar, por fin, un polvillo levemente rosado. Era la uña sintética. Era la prodigiosa Herculina. Era la fama y la fortuna.

—Ahora —murmuró— voy a hacer que hablen de mí hasta las piedras de los caminos.

Echó el polvillo en un frasco, se pasó el pañuelo por la frente, se sentó en una silla y se quedó profundamente dormido. Caída la cabeza sobre el pecho, abierta la boca, empe-

zó a roncar. Teodorinda, que rondaba junto al laboratorio, miró por el ojo de la cerradura y le vio en la silla reposando.

“Lo ha vencido la fatiga —pensó—. Voy a prepararle un caldo de esos que resucitan a los muertos.”

Una gallina gritó al fondo de la casa, después fue a dar a la olla, y el químico siguió durmiendo. Teodorinda cantó en la cocina con su voz de trompeta desafinada, y el químico la acompañó con sus ronquidos. El caldo estuvo listo, en la mesa, y el químico sin despertar.

—¡Que se enfría el caldo, señor! —gritaba Teodorinda ante la puerta del laboratorio, golpeándola con el puño.

Entonces Cristóbal empezó a soñar que un hombre gigantesco golpeaba un bombo, en lo alto de un cerro, anunciándole al mundo el descubrimiento de la Herculina. Pero de pronto le pareció reconocer, en sueños, la voz de Teodorinda y abrió un ojo. ¿Qué demonios quería la condenada mujer? ¿Cómo se permitía semejante escándalo? ¿Lo creía sordo, para hacer tanta bulla?

Se levantó de un salto y abrió la puerta.

—¿Qué pasa, Teodorinda? ¿Ha estallado un incendio? ¿Ha muerto alguien?

—Sólo ha muerto una gallina, señor, y lo está esperando en la mesa. Cosa mejor no ha probado en su vida. Va a tener que lamerse las barbas, pelo a pelo.

Cristóbal juzgó que la noticia era animadora y salió con paso decidido. Comió con el apetito de un jabalí que viene de un largo ayuno. Después fumó deleitosamente un cigarrillo. Y volvió a dormir, pero esta vez en su cama. Al levantarse, corrió al baño, se metió en el agua lo mismo que un pato calenturiento, se afeitó cuidadosamente y volvió al laboratorio. Había anochecido. Todo estaba en calma. Cristóbal sentía un regocijo muy hondo en el corazón.

Era el momento decisivo. La Herculina debía ser probada.

"Aquí, o me hundo o me levanto más allá de las nubes", se dijo.

Tomó el frasco y se dirigió a la jaula de Mimbo, que le oyó venir y dio grandes saltos para lucir la capa roja.

—Mi estimado colaborador —dijo Cristóbal con voz solemne, abriendo la jaula—,

ha llegado el momento más importante de nuestras vidas. ¡Fuera esa capa! ¡Uy!, sigues pelado como siempre. Pero no importa. Aquí te traigo un alimento que te va a asemejar a los dioses. ¡Prueba estos polvos, Mimbo! ¡Pruébalos! ¡Así! ¡Otro poquito! ¡Más todavía! ¡Basta ya! Te has zampado casi todo el frasco.

Mimbo sacó la lengua y la paseó alrededor de su boca. Era evidente que la Herculina gustaba. Tenía buen sabor. Ya era algo. Pero, ¿estaba bien la dosis que le había dado a probar? Tal vez —pensó Cristóbal— había sido abundante. Pero, en fin, eso se vería después. Todo se debía calcular de acuerdo con una minuciosa observación. Si los efectos eran excesivos, en adelante la dosis tendría que ser menor. Hay cosas que sólo se conocen con la práctica.

Volvió Mimbo a su encierro y Cristóbal estuvo contemplándolo un rato. El mono jugó con su cola, brincó, mostró los dientes, demostró que era un experto bailarín. Después se quedó quieto. Seguramente, se había cansado. Los monos no saben medirse ni en la alegría ni en la pena.

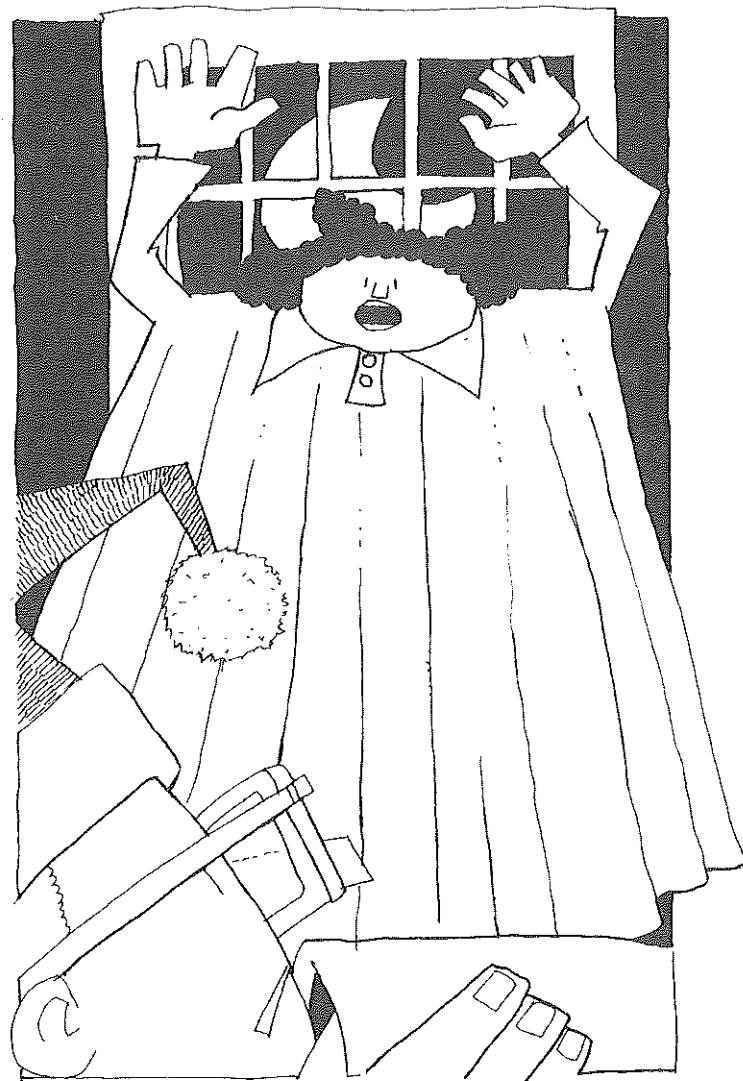
Mimbo levantó una mano, como despi-

diéndose con toda cordialidad, y fue a tenderse en un rincón. Casi en seguida se durmió, enroscada la cola. Respiraba sin esfuerzo, normalmente. Y daba risa mirarlo. Se veía ridículo, con la cara arrugada. Era pequeño, y tenía pelado el lomo. Cristóbal se cansó de contemplarlo y fue a anotar los primeros efectos de la Herculina. Horas después volvió a verle. Mimbo dormía. Cristóbal le tiró la cola, para despertarle. Nada. El sueño de un mono es cosa seria: cuando viene, no se va de dos tirones.

—Duerme hasta mañana —le dijo Cristóbal—. Te hará bien. Ya veremos cómo despiertas después de tu primer sueño con Herculina.

El químico se alejó y estuvo paseando por el jardín oscuro. La medianoche lo encontró leyendo en su dormitorio una novela de aventuras. Cerca de la una de la mañana apagó la luz. Se volvió hacia la pared y no tardó en entrar en el más amable de los sueños.

Nuevamente fue Teodorinda la que vino a despertarle. Pero ahora su cara no anunciaba que había caldo de gallina en el comedor. Desgreñada, en camisa de dormir, tembloro-



sa, decía palabras sin sentido. Cristóbal estuvo oyéndola un rato sin entenderla. Por fin se incorporó en la cama y le preguntó qué ocurría.

—¡Voy a volverme loca! —gimió la sirvienta, agitando los brazos—. Están sucediendo cosas que ni el mismo demonio es capaz de hacer. Se va a acabar el mundo.

Cristóbal recordó de golpe a Mimbo y pensó que podría tratarse de él.

—¿Le sucede algo al monito? —preguntó.

—¡Monito! ¡Monito! —gimió Teodorinda—. ¡Ojalá fuera monito aún!

El químico no quiso oír más y salió corriendo, en pijama, por los pasadizos.

Cuando estuvo cerca de la jaula, vio que ésta no existía. Todos los barrotes se hallaban desparramados por el suelo, retorcidos, quebrados. Cristóbal se detuvo.

—¡Mimbo! —llamó con voz temblorosa. ¡Mimbo!

De uno de los rincones avanzó a grandes trancos un mono inmenso, robusto, que se golpeaba el pecho con los puños formidables. Cristóbal retrocedió, asustado; pero el mono

saltó sobre él y le abrazó con tal fuerza que le hizo crujir todos los huesos. Después le alzó en el aire y le paseó como una bandera por todos lados.

—¡Mimbo! —gimió Cristóbal.

El mono le depositó en el suelo y le acarició la cabeza con su mano enorme. El químico no pudo soportar una emoción tan extraordinaria. Dio un leve suspiro y se desplomó. Cuando abrió los ojos, mucho después, Mimbo, el gigantesco Mimbo, le cuidaba, sentado junto a él y pasándole sus peludos dedos por la cara.

—¡He triunfado! —gritó Cristóbal, desmayándose otra vez, pero de alegría.

**M**imbo era ahora un mono de gran estatura. Tenía un pelo espléndido, sedoso, brillante. Sus músculos eran largos y fortísimos. Miraba a Cristóbal con el sereno cariño de las bestias que no sienten miedo ni inquietud y pueden dar su afecto confiadamente. Su apetito era tan extraordinario que no había cómo satisfacerlo. Teodorinda le preparaba unas ensaladas abundantísimas y continuamente compraba nueces, pasas, manzanas y plátanos, que Mimbo se devoraba en un santiamén. Y con la buena alimentación y la vida sin temores, el mono parecía cada vez más recio. Cuando bailaba, hacía temblar el suelo. A veces tomaba a Teodorinda de la cintura y

la obligaba a danzar las más curiosas danzas, que dejaban rendida a la infeliz.

—La alegría de Mimbo me está matando —le decía a Cristóbal—. Cree que soy bailarina y en cuanto me ve distraída me hace brincar como si tuviera veinte años.

El químico lo iba anotando todo en un libro especial. Sentíase encantado de los efectos de la Herculina. Mimbo era un ser extraordinario. Si pudiera fugarse a las selvas, sin duda los demás monos le aclamarían como rey. Pero Mimbo no deseaba marcharse. Poseía cuanto necesitaba para ser feliz.

Pero sus fuerzas eran tan grandes que, a pesar suyo, le incitaban a hacer travesuras más o menos destructoras. Un día salió al jardín y vio los pájaros. Estuvo mirándolos largamente y quiso cogerlos. Se le escapaban. Entonces cogió unas piedras y se entretuvo lanzándolas al aire. Más de un gorrión cayó con el cuerpo destrozado.

En seguida, aburrido de ensayarse como cazador, quiso comprobar la resistencia de los pocos árboles que había en el jardín. Los tomó con ambos brazos, remeciéndolos y se quedó con ellos entre las manos.





En la cocina, cuando sonaban las ollas, entraba de repente, con paso silencioso, y se golpeaba el pecho. Teodorinda trataba de espantarlo, pero Mimbo la hacía bailar y la dejaba extenuada, tendida en una silla, y luego se ponía a jugar con los platos y las cacerolas. De esta manera rompió cuando había.

Cristóbal empezó a preocuparse. ¿Cuánto tiempo duraría aquello? Si Mimbo seguía así, pronto no quedaría cosa buena en casa. Una tarde, por ejemplo, al volver de un corto paseo, se encontró a Mimbo metido en la tina del baño, que había arrancado de su cuarto y llevado al jardín, junto a un tronco caído.

—Esas cosas no se hacen —le dijo Cristóbal, poniendo cara seria—. Te prohíbo meter-te donde no debes.

Mimbo comprendió que Cristóbal estaba enojado y, como lo quería, bajó la cabeza y pareció prometer que su conducta sería mejor en adelante. Sin embargo, volvió a mostrarse tan travieso como le gustaba, y fabricó extraños juguetes con sillas que rompía, mesas que dejaba sin patas, espejos que arrancaba de los

muros y le servían para mirarse la lengua.

Al cabo de un mes activísimo, y cuando seriamente pensaba Cristóbal que debía llevarlo al Zoológico, Mimbo se tranquilizó. En las mañanas no se despertaba tan temprano; y en las noches se acostaba a buena hora. Durante el día, jugaba menos ruidosamente. Había descubierto un rincón, en el jardín, que le agradaba sobremanera. Ahí se tendía a reposar, estiradas las piernas, abiertos los brazos, como un hombre que se acuesta al pie de un árbol. Y aquí conviene que recordemos que ahora Mimbo no tenía cola. La había perdido al transformarse tan prodigiosamente.

Cristóbal pensó que este progresivo decaimiento significaba que la dosis de Herculina le había hecho tan asombrosos efectos durante un mes. Y continuó observándolo. Así reparó en la disminución del apetito del mono y en el aumento de su somnolencia. Siete días duró este apaciguamiento. Después entró en un período de franca tranquilidad. Volvió al sitio en que antes había estado su jaula y allí se pasó, sentado en su rincón,

larguísimas horas, pensando cosas que únicamente los monos saben pensar. Cuando Teodorinda le llevaba las ensaladas y las frutas, comía sin exageración, y no manifestaba ningún deseo de bailar.

El químico preparó, entonces, una dosis de Herculina muchísimo menor. Se la dio en una píldora. Media hora después de tomarla, Mimbo se durmió. Al despertar, saltó ruidosamente, volvió a bailar con Teodorinda y corrió por la casa, aullando de alegría. A veces empezaba, en un rincón, a agitar los brazos como aspas de molino. Movía la cabeza. Lanzaba golpes al aire. De alguna manera necesitaba gastar sus poderosas energías.

Cristóbal, observándolo como de costumbre, tuvo una idea. Y como ya se había habituado a poner en práctica, sin demora, cuanto se le ocurría, tomó su sombrero y se fue a la calle. Su cara satisfecha demostraba que la idea no era mala. Mimbo, entretanto, trepó por los muros y llegó al techo de la casa. Allí se sentó quieto, contemplando la calle. Le gustaba descubrir cosas entretenidas.

## El negro Sam Rayo



**T**eodorinda puso cara de espanto cuando vio regresar a Cristóbal en compañía de un negro de alta estatura, ancho de hombros, que llevaba en la mano una maleta.

—¿Dónde está Mimbo? —preguntó Cristóbal.

—Hace rato que no lo veo por ninguna parte, señor.

—Búscalo, Teodorinda. Voy a necesitarlo.

Y entró en la casa con el negro, mientras Teodorinda llamaba a Mimbo por todos los sitios en que podía hallarse.

En el pequeño salón del químico, el negro abrió la maleta y sacó unos guantes de box. Sus movimientos eran ágiles y tranqui-

los. A menudo sonreía con sus grandes y blancos dientes.

—Me da risa pensar que voy a darle una paliza a un mono —decía—. ¡Graciosa idea la suya! Un mono puede ser todo lo forzado que usted quiera, pero no sirve para boxeador.

—Este es un mono extraordinario —le respondió Cristóbal—. Yo no dudo de que usted va a darle una paliza, como dice; pero tengo la seguridad de que va a aconsejarme que le haga aprender box. Se va a hacer famoso y esto da una fortuna.

—Si me resiste un par de vueltas, le prometo que yo mismo voy a ser su profesor. Pero tengo el convencimiento de que lo voy a dormir de un solo golpe, como si le aplicara anestesia. Por algo he sido campeón de peso medio y me llaman Rayo. Mi velocidad no la tiene nadie. Y mi golpe ya se lo querría un león para defenderse.

Antes de que Cristóbal le contestara, entró Teodorinda en la sala riéndose como una loca.

—Mimbo no se quiere bajar del techo —dijo—. Lo llamo y parece reírse de mí. Ha estado arrancando todas las tejas y lanzándolas

al jardín. Cualquiera creería que ha habido un terremoto.

—¡Demonios! —gritó Cristóbal—. ¿Ve usted, Sam Rayo? Necesito enseñarle box a Mimbo, para que gaste sus fuerzas de otra manera. Cuando se dedique a golpear los sacos de arena y a hacer ejercicios con la sombra, se va a cansar lo suficiente como para no darme dolores de cabeza con sus bribonadas.

Y salió a buscarlo.

No volvió inmediatamente, por cierto. Mimbo se divertía en el techo y no deseaba abandonarlo. Pero cuando se dio cuenta de que Cristóbal parecía enojado, bajó rápidamente, fruncidos los ojos, con cara de remordimiento.

Sam Rayo no pudo dejar de sorprenderse cuando le vio aparecer en el umbral. Mimbo era más alto que él y tenía una corpulencia respetable. Sin embargo, el boxeador estaba acostumbrado a derribar mastodontes en el ring, de modo que sonrió amablemente y estiró una mano en señal de saludo.

—¡Encantado de conocer al campeón! —dijo Rayo burlonamente—. En realidad, es más peligroso de lo que me esperaba.

Y se echó a reír con alegría luego de estrecharle la mano. Después se volvió a Cristóbal y le dijo:

—¿Usted le tiene cariño a su mono? ¿Sí? Pues entonces, mi amigo, me va a dejar solo con él. No quiero que vea cómo le enseño a no tener muchas ambiciones.

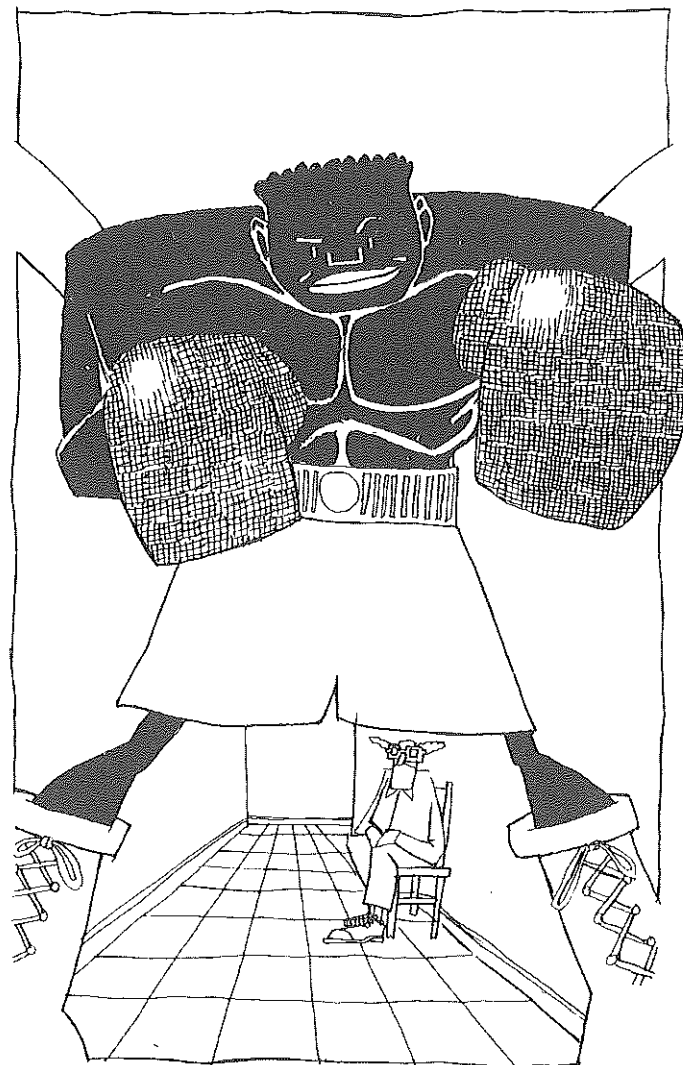
—¡Oh, por favor! —exclamó Cristóbal—. Le ruego que no me lo dañe. Él no tiene la culpa de que yo piense convertirlo en boxeador.

Sam Rayo le empujó suavemente fuera del cuarto y cerró la puerta. Cristóbal quedó esperando en el pasillo, profundamente arrepentido de someter a Mimbo a una prueba tan despiadada.

De pronto se estremeció. Oía los primeros golpes. Sonaban como latigazos. Y Sam reía.

—¿Quieres más? —le decía Sam Rayo, riendo—. Veo que te gusta. Pues bien, ¡ahí va el otro balazo! ¡Paf! ¡Paf!...

Entonces se produjo un ruido sordo. Pareció venirse abajo la casa, remecida sin gran ruido, pero con mucha violencia. Y más de



una vez se oyó el resoplido de Mimbo, fuerte, furioso.

“¡Ay! Lo está matando —se dijo Cristóbal—. Voy a impedir que este maldito boxeador acabe con mi pobre Mimbo.”

Y se dirigió resueltamente a la puerta. Antes de que alcanzara a llegar, ésta se abrió de golpe. Apareció Mimbo, con sus enormes guantes, agitando los brazos. En un rincón, tendido de espaldas, Sam Rayo parecía muerto.

## Sam Rayo cumple su palabra

**E**n mi vida he visto un bruto igual —declaró Sam Rayo al abrir los ojos—. Ni siquiera Boy Dinamita pega tan fuerte. Este mono es una pantera. ¡Qué agilidad! ¡Qué zarpazos!

Sam Rayo tenía la cara desfigurada. Un ojo lo tenía completamente cerrado. La nariz parecía un tambor. Y se sobaba quejándose.

Para despertarlo, Cristóbal tuvo que echarle encima un jarro de agua. Después le hizo beber aguardiente puro. Además, se vio obligado a encerrar a Mimbo y a gritarle que no debía moverse de ahí, pues el mono, apenas miraba a Sam Rayo, sentía visibles ganas de hacerlo trizas.

—Usted me ha dicho que si el mono le resistía, como lo ha hecho, se convertiría en su profesor. ¿Va a cumplir su promesa? —preguntó Cristóbal.

Sam Rayo se levantó de un brinco. Estaba entusiasmado. Tomó a Cristóbal de las soplapas y lo acercó a su cara.

—No sólo seré su profesor —dijo—. Me comprometo a convertirlo en el campeón del mundo de todos los pesos. ¡Qué bruto incomparable! Ni Boy Dinamita puede resistirle un par de vueltas.

Y de este modo principió la vida pugilística de Mimbo. Todas las tardes, a las tres, llegaba el negro con su maleta y se encerraba con el mono, al que durante largo tiempo no le puso los guantes, obligándole a hacer simples ejercicios de cintura y de golpes con su propia sombra. Mimbo se acostumbó al negro y cada vez le recibió con mayores demostraciones de alegría. Cristóbal asistía a las clases y, aunque profano en el arte del boxeo, advertía los progresos de Mimbo. Era, realmente, una maravillosa máquina para golpear. A Cristóbal le parecía que hasta la sombra se quejaba y caía a los pies del mono, pidiéndole perdón.

Al cabo de tres meses, Sam Rayo declaró con entusiasmo:

—Vamos a buscarle su primera pelea. Para que no se asusten los boxeadores, esco-

geremos a un hombre de poco cartel, pero duro para el castigo. Apuesto hasta la ropa de mi cama que Mimbo lo pone K.O. antes de la segunda vuelta.

—Yo me atrevería a decir que la pelea no durará tres segundos —dijo Cristóbal, pensando en que ese día le haría tomar a Mimbo una dosis de Herculina un poquito mayor.

La vida continuó como de costumbre, Cristóbal, en su laboratorio, fabricaba Herculina sin cansarse. Tenía ya una cantidad suficiente para abastecer a media ciudad. Y Mimbo, de tres a cuatro, todos los días, boxeaba con Sam Rayo y se divertía jugando con él como un gato con las ratas.

—Ya le he encontrado contendor —dijo una tarde Sam Rayo—. Se trata de Roca Rompehuesos. Es un boxeador que no pega fuerte; pero más duro que la piedra. Si uno lo golpea con mucha fuerza, ¡adiós todos los dedos! Quedan hechos polvo.

—El nombre es poco tranquilizador —dijo Cristóbal.

—¡Hum! Y, a propósito de nombre, al mono vamos a tener que llamarlo de otro

modo. Mimbo no es nombre de boxeador. Yo le he estado buscando uno que le convenga, y ninguno me parece mejor que Kid Pantera.

—¿Quieres que Mimbo se llame así?

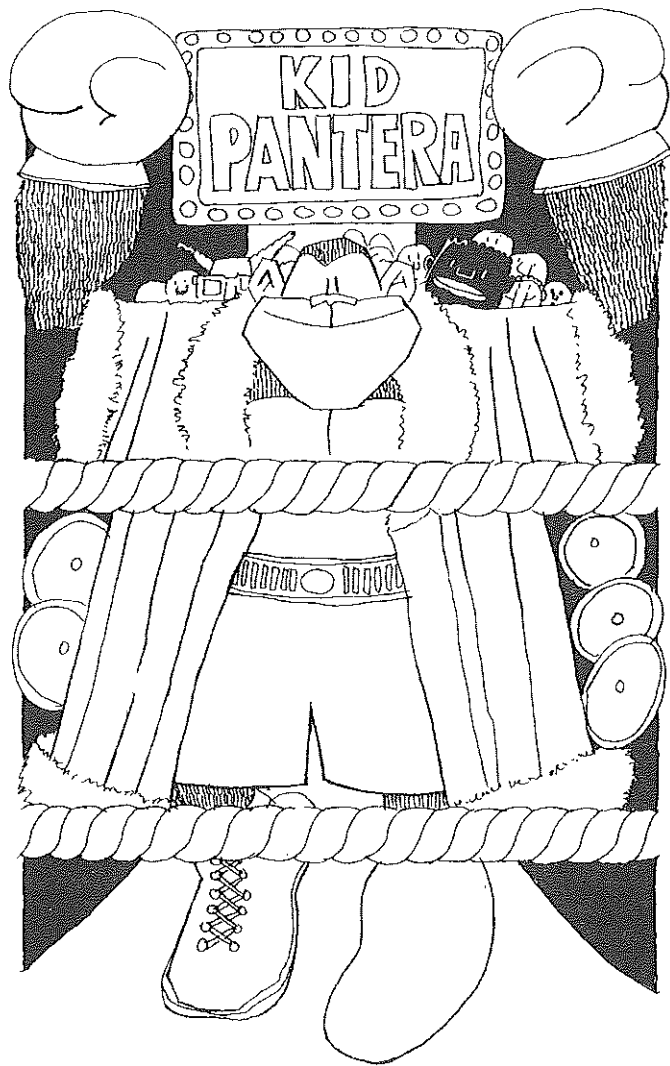
—¡Claro! Ése es nombre bonito. Mimbo parece cosa de peluquería o de circo. Kid Pantera está muy bien. Suena a cosa de ring.

—Si tú lo dices, lo llamaremos Kid Pantera, ¡qué vamos a hacerle!

Así bautizado, subió al ring por primera vez. En el rincón contrario estaba Roca Rompehuesos, con una mandíbula semejante a un cerro y unos brazos largos, interminables. El público no era numeroso. No se le había dado a la pelea mucha importancia, porque se quería que el mono llegara a la celebridad sin prisa. Mucho bullicio alejaría a los futuros rivales.

Y sonó la campana.

Los periodistas estiraron el cuello; los expertos abrieron bien los ojos. Roca Rompehuesos salió bailando de su rincón y vino al centro del ring, balanceándose. Kid Pantera caminó despacio. No parecía deseoso de matar a nadie. De repente sonó un estampido. Roca Rompehuesos había entrado su derecha



en el estómago del mono, después de engañarlo con la amenaza de un golpe con la izquierda.

Kid Pantera retrocedió un paso. Se sentía molesto. Roca Rompehuesos aprovechó esta insatisfacción para meterle la izquierda en la mandíbula. El mono agitó la cabeza y se lanzó violentamente sobre su enemigo. Bastó un golpe y Rompehuesos cayó en la lona como para quedarse ahí toda la vida.

—... ocho, nueve, diez... —contó el árbitro. Y levantó la mano de Kid Pantera.

Sonaron los aplausos y los gritos. Cristóbal subió al ring y cogió al mono de la cintura, diciéndole cariñosamente que debía seguirle. Porque sucede que el flamante pugilista estaba mirando al árbitro con malos ojos y seguramente iba a darle pronto un mal rato.

Al otro día, todos los periódicos contaron que Kid Pantera, con puñetazo fulminante, le había quebrado la mandíbula a Roca Rompehuesos, el más duro de los boxeadores. Y así subió el mono su primer peldaño hacia la gloria.

## Hacia el campeonato del mundo



**S**i el primer combate no provocó excesiva bulla, los siguientes la fueron despertando de tal modo que Kid Pantera se popularizó más que un príncipe que de repente empieza a lanzar valiosos diamantes por su ventana. Cuando salía con Cristóbal, los muchachos le seguían por las calles y trataban de tocarle una mano. Kid Pantera vestía con lujo; sombrero claro, traje azul, corbata roja, zapatos amarillos, muy brillantes, y un bastón flexible en la mano derecha con el que jugaba, como si fuese una rama, en el bosque. Las mujeres volvían la cabeza y le sonreían. Los hombres se paraban a admirarle. Los periodistas le interrogaban, y como Kid Pantera



no respondía sino con muecas de buen humor, el que lo hacía era Cristóbal, o bien, Sam Rayo, que cada vez contaba una historia diferente y nunca aburridora.

Muchos boxeadores cayeron bajo los puños de Kid Pantera. Ninguno le resistió más de tres golpes. Bob Chocolate, Anestasio Repentino, Kid Mortífero, Cintura Eléctrica, Cohete Volador, Pat Mula, Bomba Penetrante y Joe Sacachispas durmieron en la lona un prolongado sueño, entre los gritos de la multitud, después de sentir en la mandíbula el puño certero y demoledor de Kid Pantera, el invicto.

—Ya no le queda más que medirse con Boy Dinamita, el campeón del mundo —dijo Sam Rayo—. Si lo gana, Kid pasará a la historia como el más fantástico boxeador que ha existido. Y yo creo que va a ganarlo. Me dedicaré a entrenarlo desde mañana.

Ahora la casa de Cristóbal era mucho más grande y lujosa. Había ganado dinero en abundancia y lo seguiría ganando a manos llenas. Después, cuando se cansara de hacer pelear a Mimbo —bajo el terrible nombre de Kid Pantera— pondría en venta, por el mun-

do entero, la Herculina, y de este modo haría por la humanidad muchísimo más que todos los sabios. Crearía una raza poderosa, hercúlea, capaz de matar a un elefante de un soplido desgano.

Kid Pantera tenía en casa un ring, grandes sacos de arena, y la mayor parte del día la pasaba rompiéndole los huesos a su sombra. Porque, en verdad, no tenía entrenadores. Nadie se atrevía a arriesgar sus costillas por un puñado de dinero. El único que boxeaba con Kid era Sam Rayo, porque le había enseñado a no golpearle con fuerza.

Cuando se anunció que Kid Pantera se mediría con el campeón del mundo, Boy Dinamita, la prensa de todos los países publicó las fotografías del mono en las más diversas posturas. Y llegaron de todas partes cartas perfumadas, en que lindas mujeres le pedían a Kid Pantera que ese día golpeará con toda su alma. Cristóbal era feliz. Fumaba gruesos cigarros, salía a pasear en su magnífico automóvil, y cada tres días hacía por la prensa declaraciones sensacionales.

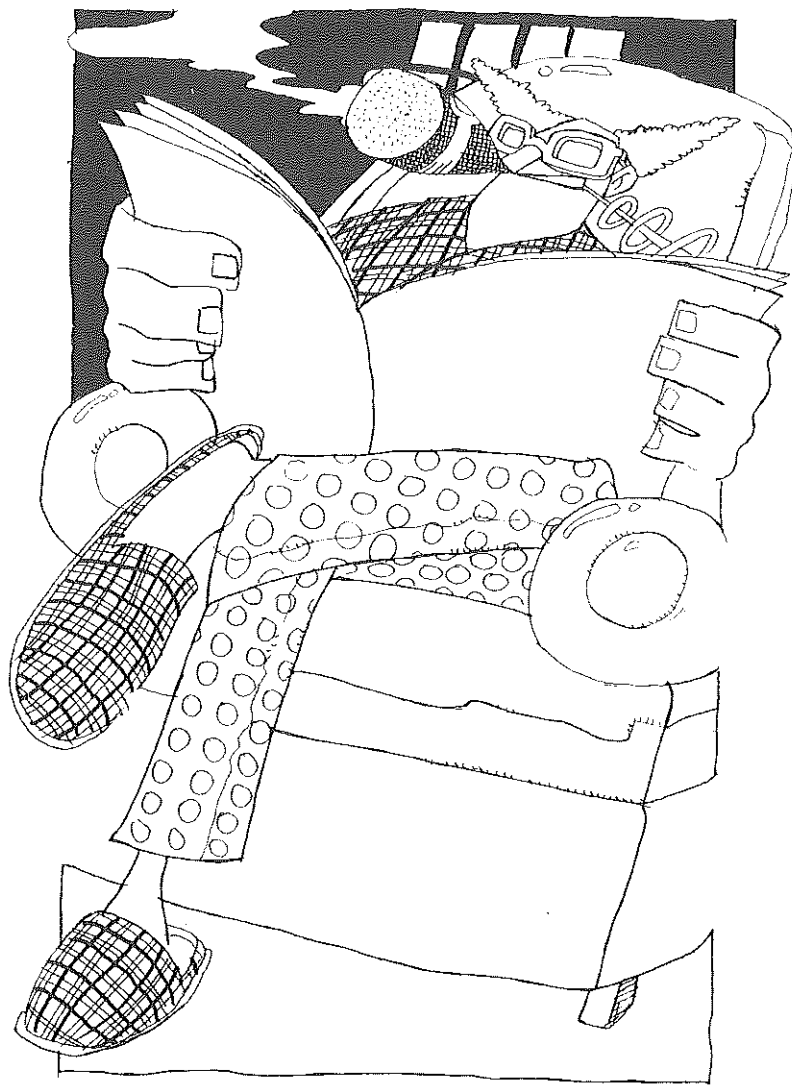
Un día recibió una carta de su amigo el arqueólogo. Tomás le decía que con profun-

da sorpresa había visto en los diarios que era ahora el representante de un mono boxeador. Le aseguraba que esto le causaba tanta pena que, avergonzado, había suprimido su nombre de la obra que estaba escribiendo. Daría la fórmula de la composición de la uña de Hércules, pero sin mencionar al químico que la había descubierto. Cristóbal se encogió de hombros y se echó a reír.

“Soy más famoso que él y empiezo a tener una fortuna superior a la suya —se dijo—. Que siga buscando piedras antediluvianas; ninguna le dará las satisfacciones que me ha dado la Herculina.”

Por su parte, Boy Dinamita, el campeón del mundo, se había ido a los alrededores de la ciudad y, encerrado con un grupo de boxeadores en una bella finca, se dedicaba a prepararse para darle a Kid Pantera una paliza de esas que no dejan hueso sano.

—Voy a demostrar que un mono es incapaz de arrebatarme la corona de todos los pesos —declaraba a los periodistas—. Para mí que Kid Pantera está embrujado; pero yo le voy a romper el embrujamiento como si fuera un palo de fósforo.



Estas palabras inquietaron a Cristóbal. Boy Dinamita era un negro gigantesco, acostumbrado a enviar al hospital a cuantos se le ponían delante con ánimo de hacerle perder el campeonato mundial. Si ganaba a Kid Pantera, los sueños del químico se derrumbarían. Cierto es que ya tenía fortuna y renombre; pero ambicionaba más.

Una semana antes del combate, ambos boxeadores hicieron exhibiciones públicas para que todos pudieran apreciar su estado de entrenamiento. Los periodistas dijeron que los rivales se merecían. Kid Pantera golpeaba como un cañón de grueso calibre; Boy Dinamita, como un bombardero pesado.

Así las cosas, Cristóbal pensó un día que Kid Pantera —como ahora llamaba a Mimbo, a pesar suyo— necesitaba distraerse. Tanto golpe por aquí y por allá resultaba, sin duda, aburridor. Le llevaría de paseo en su automóvil para que viera cosas que no conocía.

Faltaban cuatro días para el combate más sensacional del siglo.



Fotógrafos de diarios y revistas se instalaban casi el día entero delante de la casa de Cristóbal. Deseaban sorprender a Kid Pantera en sus paseos por el jardín, o a la salida cotidiana por los alrededores, a la caída de la tarde. Apenas aparecía, numerosas máquinas fotográficas funcionaban simultáneamente. Y de esta manera, cada día, en la primera página de todas las publicaciones se mostraba al público ávido la cara de Kid, siempre con la misma expresión de seguridad tranquila, de fuerza invencible.

Aquella vez, por lo tanto, cuatro fotógrafos tomaron instantáneas de Kid Pantera y de Cristóbal cuando aparecieron en la calle, y

entraron en su lujoso automóvil, y partieron de paseo por la ciudad. Deseosos de saber dónde iban, salieron en otros coches tras ellos.

Cristóbal dio una vuelta por las avenidas cercanas a su casa y de súbito pensó que Kid Pantera no conocía el Zoo. Decidió dárselo a conocer inmediatamente. Al fin y al cabo, era una experiencia distinta a la acostumbrada. Y dirigió su coche por calles céntricas, se hizo admirar de incontables transeúntes, y luego partió en rápida carrera al Zoo. Los fotografías venían detrás.

Los que se encontraban ante las jaulas de los animales, mirando con ojos relativamente aburridos a las fieras, sintieron un interés indescriptible cuando vieron aparecer a Kid Pantera. Desde ese instante, le siguieron por todos lados. Kid iba a lentos pasos, junto a Cristóbal. Vestía con elegancia y jugaba con su bastón.

A un oso que dormitaba con una de las patas fuera de los barrotes Kid Pantera le hizo cosquillas en los dedos. Todo el mundo rió muchísimo. Después, el aspirante a campeón del mundo le tiró la cola a un león distraído, que rugió con furia excesivamente ruidosa.

Luego cogió de los cuernos a una vaca asiática y la obligó a doblar las rodillas. Cada travesura de Kid era celebrada con estrepitosas carcajadas de los espectadores. Los fotografías, infatigables, no perdían una sola ocasión. Al otro día, el público estaría plenamente informado de cómo Kid Pantera había pasado el final de la tarde.

Pero ocurrió algo que el destino se tenía cuidadosamente reservado. Poco a poco, Cristóbal y su amigo se acercaban a las jaulas de los monos. Se oían livianos chillidos. Y de pronto hubo uno más agudo que los demás. Nadie entendió qué significaba, salvo los monos, pues el chillido había sido lanzado por uno de ellos, que siempre estaba mirando hacia la lejanía, como un atalayador muy noticioso.

—¡Nos estamos civilizando! —gritó el mono—. ¡Asómense a ver!

Los monos, curiosos por naturaleza, acudieron a pegar las narices contra los barrotes de sus jaulas. Vieron venir a Kid Pantera seguido de la multitud.

—¡Parece mono, aunque más alto que nosotros! —dijo uno.

—No te quepa la menor duda de que lo es. Viste como hombre, pero tiene toda la pinta del mono —respondió el vigía.

La bella mona Martina, coqueta, simpática, considerada por los animales y sus guardias como la perla del Zoo, se sintió palidecer. Clavó sus ojos en Kid Pantera y dejó que el corazón le saltara en el pecho.

Cristóbal avanzaba lentamente, con Kid a su lado. El famoso pugilista movía elegantemente la cintura al andar y agitaba los hombros. Martina no perdía uno solo de sus movimientos. Para ella, Kid era el rey de la distinción, el soberano de la elegancia, el monarca de la belleza.

Kid Pantera volvió de repente la mirada hacia la jaula de Martina. Sintió un vuelco en el pecho, un hielo en el ombligo, una oleada de sangre que le subía a la cabeza. ¡Mona más linda! ¿Quién era —¡oh corazón alborotado!— ese prodigio de hermosura y de gracia?

Con paso precipitado se acercó a la jaula. Todos se detuvieron a mirar. Los ojos de Martina estaban fijos en los de Kid. Se contemplaban en un silencio profundo, conmovedor. Martina abrió los labios y algo dijo.

Nadie entendió nada. Pero Kid Pantera lo supo y sonrió como nunca lo había hecho.

—No puedo hablar —dijo Kid, en su idioma cortés, que los hombres desconocen—. No puedo hablar —repitió—. No puedo hablar.

Martina bajó los ojos.

—Yo tampoco puedo hablar —dijo con su voz maravillosamente dulce—. ¿Quién eres? Yo soy Martina.

—Y yo, Kid Pantera. Aspiro al campeonato mundial de box. No hay nadie que me resista un par de vueltas. Tengo un golpe demolidor. ¡Qué pena que tú no asistas a mi próxima pelea!

—Vivo encerrada aquí —contestó Martina, acongojada—. ¡Cuánto me gustaría verte!

—¿Lo dices de veras?

—Con todo mi corazón, Kid.

—Entonces, Martina, me verás.

—¡Qué soñador eres, Kid! Yo no puedo salir de mi encierro.

—Saldrás, Martina. Yo no puedo abandonararte. ¿No crees que nuestro amor a primera vista es algo fulminante?

—¿Cómo? ¿Entonces, Kid, tú me quieres?

¿Es cierto que me quieres? ¿No me engañas?

—Te adoro, Martina. Eres mi vida entera. Sin ti, prefiero la muerte.

—¡Ay, Kid! —murmuró Martina, inclinando la cabeza—. ¡Qué dulce es la vida! Me parece haber nacido nada más que para oír un día tus palabras...

—Y yo he nacido nada más que para decir las —respondió Kid Pantera, hinchando el pecho con orgullo y contento.

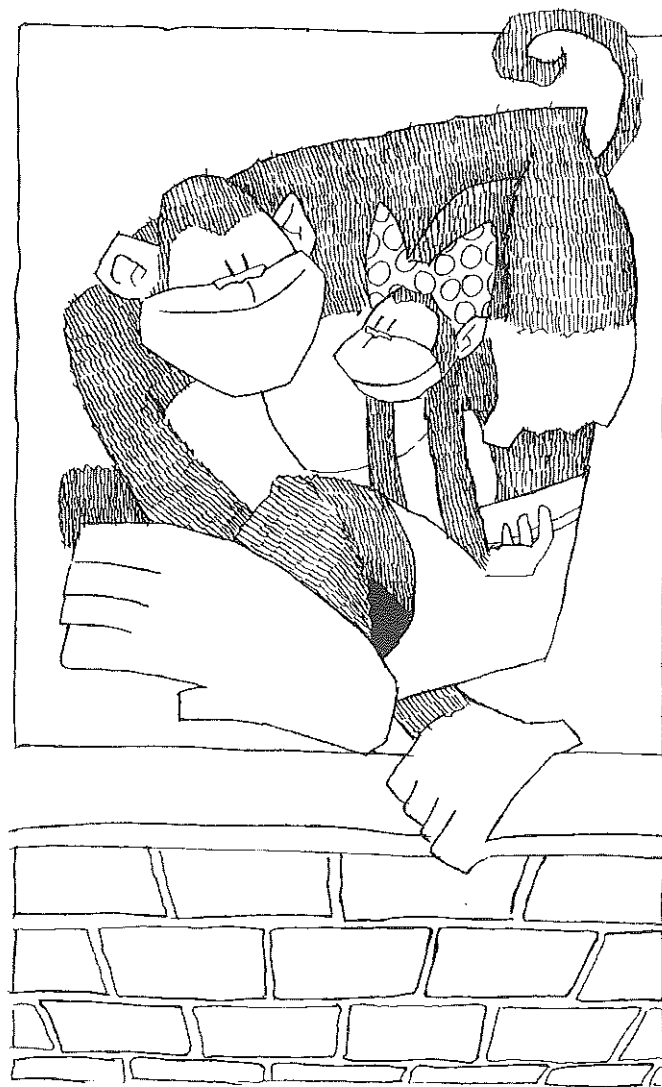
Los monos, enternecidos, retrocedieron dos pasos, para dejar a solas a los enamorados y no perderles palabras. Los fotógrafos sonreían. El público alargaba el cuello. Cristóbal echaba atrás la cabeza y se divertía grandemente.

Martina acercó su cara a los barrotes y Kid, estirando la boca, la besó con alegría profunda.

—Somos el uno del otro —declaró—. ¡Ay de aquel que se atreva a decir lo contrario!

—Mi vida es tu vida, Kid —susurró Martina, sonrojándose a su manera.

El pugilista no quiso demorar más lo que ya tenía resuelto. Con ambas manos, fuerte-



mente, cogió los barrotes de la jaula y los arrancó con más facilidad que el viento arranca las hojas secas de los árboles. Chillaron los monos con tal estrépito que todos los animales, adivinando que algo importante ocurría, principiaron a gritar en sus respectivos idiomas. El ruido era ensordecedor. Dos o tres mujeres se desmayaron. Los guardias del Zoo acudieron apresuradamente con sus látigos. Ya era tarde. Todos los monos salían de la inmensa jaula, brincando con un júbilo extraordinario. Martina, abrazada de Kid, le gemía al oído:

—¡Vámonos, por favor! ¡Vámonos! ¡Tengo miedo!

—Nada temas. Estás conmigo —dijo Kid, volviendo la mirada hacia dos guardias que se aproximaban gritando.

Cristóbal quiso intervenir, pero no tuvo tiempo. A los guardias que pretendieron quitarle a Martina, Kid Pantera les tendió con rápido golpe. Después tomó a la mona, suavemente, de la cintura, y echó a correr con ella. Por el camino, derribó a otros guardias. Después se metió en el automóvil de Cristóbal y se fue con rumbo desconocido.

Gran trabajo les costó a los guardias someter a los monos que corrían por las avenidas del Zoo, chillando delante de todas las jaulas. Y a Cristóbal le costó muchísimo mayor trabajo darse cuenta con exactitud de lo que acababa de suceder. Nunca hubiera creído que Kid Pantera le iba a hacer semejante jugada. ¡Raptarse a la mona del Zoo! ¡Llevarse en su propio automóvil! ¡Vaya un desvergonzado! Había provocado un escándalo mayúsculo. Hacía peligrar el campeonato. Las autoridades exigirían la devolución de Martina y a Kid le perseguirían por todas partes.

¿Dónde habría ido? Seguramente, a casa. Era imprescindible darse prisa y obligar a Kid a reconocer que había sido un bellaco de la peor especie. Martina debía regresar a su jaula.

Cristóbal se metió en un taxi y corrió a su casa. Kid Pantera no había llegado. En vano pasaron las horas. Kid no aparecía. Y ya toda la ciudad comentaba el curioso acontecimiento. Delante de la casa de Cristóbal se amontonaban hombres, mujeres, niños, ávidos de saber algo. Teodorinda tuvo que llamar por

teléfono a la policía, pidiendo protección. Algunos exaltados pretendían entrar en la casa, derribando la puerta si era preciso. La policía impuso el orden valiéndose de cierta violencia, pues los más testarudos se negaban a obedecer.

A la mañana siguiente, los diarios contaban el hecho muy de acuerdo con sus propias tendencias. Unos decían que el rapto de Martina era una verdadero símbolo de los corrompidos tiempos actuales; otros aseguraban que el gobierno, débil, incapaz, ni siquiera lograba hacerse obedecer de los monos; unos cuantos declaraban que el deporte fortalece el impulso destructor y no conduce sino a la más violenta e impune transgresión de las leyes; otros diarios, los más serios e imparciales, narraban el hecho, sencillamente, y calculaban que, si no se realizaba el campeonato, se verían defraudadas miles de personas que habían acudido desde los más lejanos países a presenciarlo.

Kid, misteriosamente desaparecido, no daba signos de vida. Le buscaba la policía por todos los caminos, por todos los pueblos cercanos y no daba con él. Se hicieron en la pren-

sa las declaraciones más antojadizas. La única que merece la pena de mencionarse fue la del Jefe del Estado. "Si se encuentra a Kid Pantera —decía— se le permitirá que viva tranquilo con Martina. El célebre pugilista nos enorgullece a todos con la prodigiosa vitalidad de sus puños. Bien merece que le otorguemos, como demostración de gratitud pública, la felicidad a que aspira."

Cristóbal estaba desesperado. Veía perdido el premio que correspondía a Kid Pantera por su combate con Boy Dinamita. Sin embargo, algo le decía, en lo más secreto de su corazón, que Kid regresaría antes de la pelea.

Y así fue, en efecto.

La noche antes del combate, cuando la calle dormía apaciblemente, Cristóbal sintió un rumor de pasos en el jardín. Se asomó, cuidadoso, a la ventana. Vio dos sombras que avanzaban. Reconoció la estatura de Kid, sus movimientos inconfundibles, Martina venía tomada de su brazo.

Con lentitud se abrió la puerta. Los pasos de Kid —y otros más livianos— recorrieron uno de los pasadizos. Kid Pantera y su



esposa entraron en el dormitorio del boxeador. Y no se oyó nada más.

Cristóbal respiró, aliviado. Poco después se dormía con una sonrisa entre los labios, vuelto hacia la pared.

## El más sensacional campeonato de todos los tiempos



Cristóbal se levantó temprano y en una gran bandeja les llevó el desayuno a Kid y Martina. Todo era verdaderamente apetitoso. Bastaba mirar la fruta para sentir ganas de comer.

Kid Pantera le tendió una mano a Cristóbal, que acarició después la cabeza de Martina, haciéndola sonreír con evidente regocijo.

—Espero que no estés cansado y que hoy hagas una gran pelea —dijo Cristóbal—. Yo voy a acompañar a Martina. Le buscaremos un bonito vestido, con cintas y flores.

Esta idea le pareció tan divertida, que salió en busca de Teodorinda para pedirle que eligiera, entre sus trajes, el que juzgara mejor.

Quedaron solos Kid y su esposa. Y sin titubear comenzaron a devorar cuanto había en la bandeja. De pronto advirtió Kid, en un extremo, el frasco de cristal en que habitualmente le daban su dosis de Herculina.

—Tengo que tomarme estos polvos —dijo—. Siempre me los dan cuando peleo.

—¿Son agradables? —preguntó Martina, contemplándolos con curiosidad—. ¡Cuánto me gustaría probarlos!

—Tus deseos son órdenes para mí —dijo Kid Pantera—. Si quieres probarlos, tómalos. Son tuyos. Te van a gustar. Tienen un sabor dulce, realmente exquisito.

Martina le acarició una mano a Kid, en señal de gratitud, y de un sorbo hizo desaparecer los polvos en su garganta. Después siguieron comiendo hasta dejar vacía la bandeja.

Cristóbal tardó en encontrar un vestido adecuado. Por último, se decidió por una blusa verde y una falda colorada. Eligió también un sombrero que lucía una ancha pluma azul.

—Se va a ver sumamente mona —dijo Cristóbal, riendo—. En su vida se ha soñado una elegancia igual.

Y regresó de prisa al dormitorio de Kid.

Los encontró durmiendo. El sol entraba por la ventana y se extendía por la cama como una colcha amarilla. Entonces Cristóbal dejó las ropas en una silla y se marchó en puntillas, contento de que el pugilista reposara. Bastante trabajo tendría esa tarde, en el ring, frente a los puños agresivos de Boy Dinamita.

Martina despertó primero. Sentía una fuerza sobrenatural en ambos brazos, en las piernas, en todo el cuerpo. Hubiera sido capaz de tumbar a un toro de un puñetazo. ¡Qué alegría sentirse tan vigorosa! Dio una palmada a Kid, en un hombro, y le dijo:

—¡Arriba, zángano! Estamos perdiendo un tiempo precioso. La mañana me parece encantadora.

Kid despertó de un salto y empezó a sobarse.

—¡Ay, ay, ay, mi hijita! Casi me has quebrado un hueso —murmuró—. ¡Qué manos tan pesadas!

—¡Perdóname, lindo! —suspiró Martina, besándole el hombro—. No creí que te iba a doler tanto. No sé qué me pasa, pero me siento con ganas de romperlo todo.

—¡Calma, calma, hijita! Yo siempre he

sido respetuoso de Cristóbal, desde chico, y no me gusta darle malos ratos. Hazme el favor de no alborotar.

Martina acababa de ver el traje que había en la silla y se levantó lanzando un aullido dichoso. Poco después, vestida como una dama, bailaba delante del espejo. Kid Pantera se reía como si le hicieran cosquillas. Y tanto fue el bullicio, que acudió Cristóbal. Parado en el umbral, estuvo observándolos. Entonces tuvo un repentino temor: ¿se habría tomado Martina los polvos mágicos, la Herculina prodigiosa? ¡No! ¡No era posible! Kid estaba acostumbrado a tomarlos y, seguramente, ahora también se los había tomado. Lo que ocurría —pensó— era que Martina daba rienda suelta a su júbilo de vestir con elegancia. Sí. Eso era, nada más. Eso tenía que ser, por cierto.

Martina lo divisó en el umbral y corrió a abrazarle. Cristóbal sintió que le crujían los huesos. Después se vio obligado a bailar por toda la pieza, frente a los aplausos de Kid, que se ahogaba de la risa.

Por último, Kid Pantera se levantó, algo le dijo a Martina, y Cristóbal quedó en paz,

rendido, echado en una silla, como a punto de desfallecer. En cuanto pudo, salió del cuarto y dejó a los monos que hicieran su voluntad. Martina bailó un buen rato, sola, y después vino a tenderse junto a Kid, que le dijo seriamente.

—Hijita, me vas a hacer el favor de quedarte tranquila. Los días de pelea yo descanso varias horas. Si quieres verme triunfar tienes que comportarte muy bien. No brinques, no te muevas. Reposa a mi lado.

—Haré lo posible por complacerte, Kid. Pero te juro que me brotan unas energías tremendas de las puntas de los dedos. La pura verdad que me gustaría darle a alguien una buena paliza.

—¡Calla y descansa conmigo! —dijo Kid, severo.

Martina se afligió al advertir que molestaba a Kid Pantera y recurrió a toda su voluntad para mantenerse quieta. Lo consiguió tan admirablemente que se durmió. Esto tranquilizó a Cristóbal. Ahora no le cabía la menor duda de que los polvos se los había tomado el aspirante al campeonato mundial.

Corrió el tiempo y llegó el minuto preci-

so de partir. Kid Pantera se vistió cuidadosamente y salió del brazo de la elegante Martina. Cristóbal trepó ante el volante de su automóvil y se fueron al estadio, a buena velocidad. Martina se palpaba a cada momento los brazos y sonreía con íntima satisfacción. Kid Pantera la miraba con alegría. ¡Qué feliz era! ¡Con qué bríos haría trizas a Boy Dinamita esa tarde!

En el inmenso estadio no cabía la punta de un alfiler. Estaba de bote en bote, repleto hasta el punto de dar la multitud la impresión de un mar agitado. Cuando apareció Martina, acompañada de Cristóbal, todas las miradas se volvieron. La mona, soberbia como una duquesa en una magnífica ceremonia, levantó la frente y sostuvo con arrogancia la mirada de la multitud. Cristóbal se estremecía de regocijo. Estaban a un paso del ring. Desde allí verían la pelea sin perder detalle, y todo el mundo estaría mirándoles continuamente.

Estruendosos aplausos recibieron a Boy Dinamita, que subió al ring de un salto agilísimo. No menos estruendo hubo para recibir a Kid Pantera, que a cada instante levanta

taba un brazo, habituado ya a saludar al público.

Vino el anunciador oficial y gritó por una descomunal bocina:

—Boy Dinamita, campeón de todos los pesos: 89 kilos 700 gramos.

—¡Hurra! —gritó la multitud—. ¡Hurra!

—Kid Pantera —dijo el anunciador—. Aspirante al título mundial de todos los pesos: 89 kilos 900 gramos.

—¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!

Martina quiso ir a abrazarlo. Cristóbal, a duras penas, pudo mantenerla quieta.

En el rincón de Kid Pantera, atendiéndole, estaba Sam Rayo. Kid lucía un pantalón amarillo. Se mostraba sereno. Tal vez un poquito apático. En el rincón opuesto se hallaba Boy Dinamita, sonriéndole a medio mundo. Su pantalón era morado. A menudo volvía la mirada a Kid Pantera y le decía a cuantos estaban con él:

—¡A ése me lo como de tres golpes!

De pronto fueron obligados a abandonar el ring los ayudantes. El árbitro de la pelea, un señor calvo, de pantalones oscuros y camisa alba, arremangada hasta el codo, y en

continuo movimiento, llamó a los rivales al centro del ring y les habló en voz baja. Martina se sentía llena de curiosidad. ¿Qué significaba aquello? Y sonó la campana.

Kid Pantera volvió los ojos buscando a Martina y, cuando la encontró, alzó una mano saludándola. Quería demostrarle que estaba contento y parecía pedirle que no perdiera uno solo de sus golpes. ¡Ya vería cómo trituraba al campeón! Pero sucede que estos gestos son realmente peligrosos. En el ring no hay que quitarle de encima la mirada al contendor. Distraerse es jugar con el destino. Y así fue. Boy Dinamita, violento, formidable, lanzó un golpe a la mandíbula de Kid, que tambaleó pesadamente. Se produjo una gritería infernal.

—¡Mátalo! ¡Mátalo! —aullaban unos.

—¡Defiéndete, Kid Pantera! —gritaban otros—. ¡Pégale! ¡Hazlo pedazos!

Boy Dinamita se dio cuenta de que su rival había sentido su golpe y se lanzó furioso, dispuesto a derribarlo. Kid Pantera vio que el estadio se nublaba. Le zumbaron los oídos. Trataba de moverse y sus brazos le pesaban. Caían sobre él los golpes como los palillos sobre el tambor. Vacilando, cubriéndose ma-

lamente, se tendió sobre las cuerdas.

Cristóbal había palidecido intensamente. No cabía duda: Martina se había tomado la Herculina. Kid Pantera estaba débil. Iba a ser derrotado. Sam Rayo, cabizbajo, no lograba explicarse la conducta de Kid. No había sabido defenderse. Estaba siendo víctima del campeón, que ya le había partido una ceja y trataba de liquidarlo cuanto antes.

Pero entonces sucedió lo que nadie hubiera podido predecir. Se vio a una dama que, lanzando un aullido tremendo, tiró al aire su sombrero de plumas, dio un par de brincos y apareció en el ring como un huracán.

—¡Martina! —gritó ahogadamente Cristóbal.

No era el momento mejor para llamarla. Martina estaba delante del campeón y le iba triturando la cara con golpes certeros, inverosímiles, rapidísimos, nunca vistos en ningún ring del mundo.

Ladraba la multitud. Kid Pantera, sentado sobre las cuerdas, miraba la pelea y sonreía vagamente. El árbitro quiso intervenir y tomó a la mona de un brazo, en el instante en que Boy Dinamita caía de rodillas. Este gesto

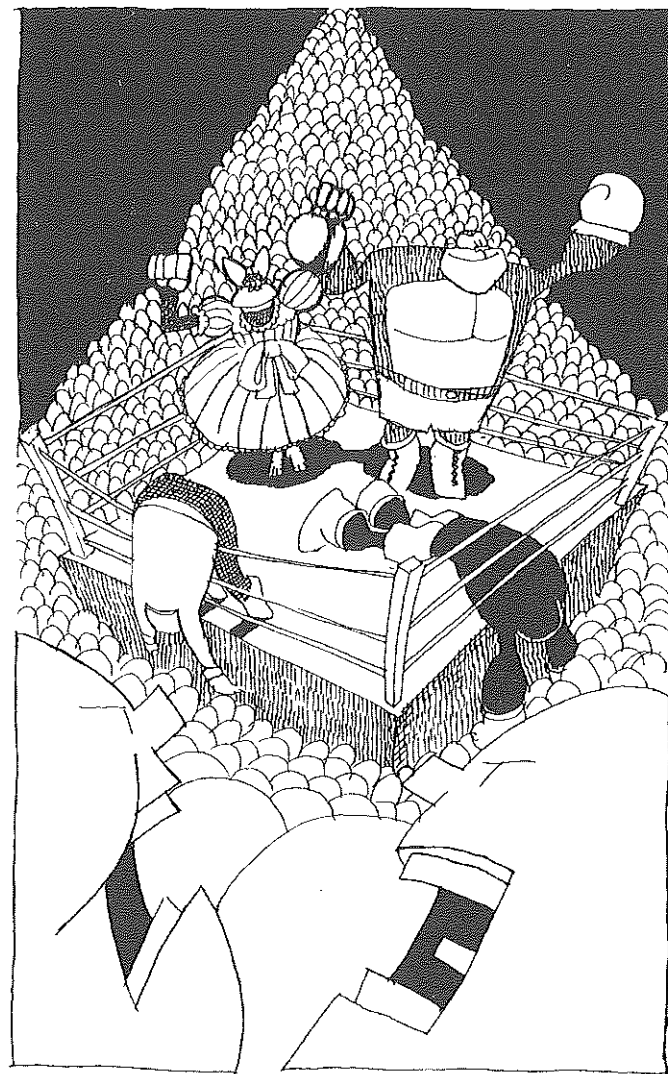
le perdió, Martina no estaba dispuesta a permitir que le impidieran moler al maldito negro que se había atrevido a zurrar a Kid Pantera. Si él no había sabido defenderse, ¡para eso estaba ella ahí! Ya sabrían los hombres de lo que era capaz Martina cuando atacaban a Kid. ¡Paf! Un par de golpes y el árbitro salió por encima de las cuerdas y fue a caer como muerto encima de los periodistas, que temblaban de emoción.

Boy Dinamita se incorporó y como a través de una neblina más o menos densa vislumbró el cuerpo de la mona. Saltó sobre ella. Pero Martina estaba prevenida. Con una rapidez asombrosa le metió ambas manos en las mandíbulas y el campeón del mundo se vino a la lona como un saco. Entonces Kid recordó lo que había visto hacer otras veces. Avanzó despacio y empezó a contar, moviendo una mano:

—... ¡ocho!... ¡nueve!... ¡diez!...

Boy Dinamita parecía estar en el otro mundo, conversando con los ángeles. No se movía. Entonces Kid Pantera, solemnemente, levantó el brazo de Martina.

Hubo un estruendo tan terrible que aque-



llo pareció el fin del mundo. Mucha gente empezó a romper las sillas y a gritar, enloquecida. Los partidarios de Boy Dinamita reñían con los que aclamaban a la mona. Entretanto, en el centro del ring, abrazados, indiferentes a todo lo ajeno, Kid Pantera y Martina conversaban, hablándose al oído:

—¡Pobrecito! —murmuraba Martina—. No pude permitir que ese negro te pegara tan fuerte. ¿Estás mejor? ¿Te duele mucho?

—Empiezo a darme cuenta de que estoy vivo —contestaba Kid—. Te juro que ese negro me pegó porque me distraje al saludarte cuando empezó la pelea. Pero tú me has vengado. ¡Qué manera de pegarle la tuya! ¡Todavía no se mueve!

La policía repartía bastonazos sobre el mar de cabezas, tratando de imponer el orden. El público, enardecido, no quería obedecer. En medio del endemoniado combate general, Cristóbal pudo subir al ring y tomó a Kid de un brazo. Kid sonrió satisfecho y le dijo a Martina:

—¡A casa, hijita! ¡No tenemos nada más que hacer aquí!

Durante una semana, los diarios se ocuparon del combate. Ahora discutían febrilmente acerca de quién era el verdadero campeón del mundo. Unos aseguraban que Boy Dinamita no había perdido la corona de campeón de todos los pesos, porque cayó abatido por unos puños que no eran los de Kid Pantera. Otros declaraban con abundantes razones que el campeón era, sin objeción posible, Martina, la mona del Zoo. Los expertos opinaron que el combate debía repetirse. Pero las autoridades se opusieron, pues aquella tarde hubo muchos heridos y se destruyó el estadio.

Cristóbal, en la paz de su casa, junto a Kid Pantera y a Martina, pensaba en su porvenir. Había ganado mucho dinero con Kid, aunque no le dieron el premio —una gruesa suma— que correspondía a la pelea por el campeonato. El dinero se había entregado, íntegro —para acallar enconos— al Comité de Protección a los Huérfanos de las Víctimas de la Mosca Tsé-Tsé.

“Ahora soy famoso y tengo una fortuna considerable —pensaba Cristóbal—. Creo que lo más sabio es vivir en paz el resto de mis días.”

Temeroso de revelar el secreto de su descubrimiento de la Herculina, que induciría a todos los hombres a aspirar al campeonato del mundo, juzgaba prudente guardarlo hasta su última hora sobre la tierra. Una vez muerto, poco le importaba que la humanidad entera ambicionara golpear más fuerte que Boy Dinamita. Les dejaría en su testamento, a las generaciones futuras, la fórmula de la Herculina maravillosa. Y así fue el tiempo transcurriendo, hasta hoy. Pocos recuerdan ya el tremendo combate en que Martina derribó al campeón de campeones. En cuanto a Cristóbal, no se muere nunca, porque apenas siente que decaen sus fuerzas toma una dosis minúscula de Herculina. Inmediatamente se repone y es más joven y vigoroso que cualquier domador de leones que anda a balazos por esos mundos.